

JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI

NOCHES TRISTES
Y DIA ALEGRE

NOCHES TRISTES Y DIA ALEGRE

INDICE

NOCHES TRISTES Y DIA ALEGRE

Argumento o idea de las *noches tristes*

Noche primera. La prisión

Noche segunda. La pérdida en el bosque

Noche tercera. El duelo triste

Noche cuarta. El cementerio

Día alegre. Y dignamente aprovechado

ARGUMENTO O IDEA DE LAS NOCHES TRISTES

Desde que leí las *Noches lúgubres* del coronel don José Cadalso, me propuse escribir otras *Tristes*, a su imitación, y en efecto las escribí y las presento aprobadas con las licencias necesarias.

No me lisonjeo de haber logrado mi intención; antes conozco que así como es imposible que la ruda iguale a la palma en altura, y que el pequeño gorrión alcance el elevado vuelo del águila que se remonta hasta los cielos, así es imposible que mi pobre pluma iguale la elocuencia que a cada línea se admira en las obras de este célebre y moderno escritor.

Con esta salva, me parece que deben acallarse los críticos, cuando noten la enorme diferencia que hay entre mis *Noches* y las de Cadalso, pues yo no digo que he imitado su estilo, sino que quise imitarlo. Si no lo he conseguido, el defecto ha sido mío, que me arrojé a una empresa ardua; pero me consuelo al acordarme que bastante es emprender las cosas arduas aunque no se consigan. *In arduis voluisse sat est*. Pasemos a dar una breve idea de la materia de estas *Noches* y de su objeto.

La persona fatal o desgraciada de la novela es un tal Teófilo, hombre virtuoso, cuya paciencia y constancia probó la Providencia en cuatro noches.

En la primera, se ve calumniado y reducido a una cruel y horrorosa prisión.

NOCHES TRISTES

En la segunda, que se intitula *La pérdida en el bosque*, presencia el fin funesto de su criado, hombre criminal y blasfemo. El mismo se ve a los bordes del precipicio y escapa a favor de la espantosa luz de un rayo.

En la tercera noche, sufre un triste desvelo, con la muerte de una infeliz, en cuya casa se hospedó.

En la cuarta y última, después de haberse perdido, se refugia a un cementerio, en donde halla improvisamente el cadáver de su infeliz mujer. Este terrible encuentro lo hace desfallecer y rendirse bajo de su peso. El sepulturero que lo acompaña lo lleva a su casa, en la que, después de vuelto en sí, logra con ventaja el premio de su resignación cristiana.

Tal es el asunto de estas noches, y fácil es concebir que su objeto moral no es otro que enseñar al lector a humillarse y adorar en silencio los decretos inescrutables de la alta y divina Providencia, asegurado de que ésta nada previene ni determina sino con relación a nuestro bien, al que siempre está propensa y decidida.

El católico que esté penetrado de estos religiosos sentimientos tiene mucha ventaja para sobrellevar los trabajos y miserias de esta vida sobre el impío y el incrédulo atea; pues éste todo lo atribuye al acaso, y aquél, aunque confiese la existencia de un Dios, blasfema de su alta Providencia, y ambos reciben el fruto de su perversidad en los remordimientos que los agitan y en la desesperación que les hace insoportables las infelices de esta vida, y los acompaña hasta el sepulcro.

Cum subit illius tristissima noctis imago,
.....
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

OVIDIO, *Tristia*, Lib. I, Eleg. III.

NOCHE PRIMERA

LA PRISIÓN

Teófilo, un ministro de Justicia y un carcelero

TEÓFILO.—¡Oh triste noche! ven y cubre con tu oscuro manto los males y desdichas de los hombres. ¡Oh noche! tus horas son sagradas. Cuando el sol oculta sus luces bajo nuestro horizonte, tú tachonas el cielo con las brillantes estrellas, que tan benignamente influyen el suave sueño a los mortales.

A favor de tus sombras silenciosas descansan de sus afanes y trabajos, y el inocente desgraciado halla en tus tinieblas espantosas un asilo seguro contra las desdichas que le persiguen por el día.

Tal soy sin duda. Hoy he sufrido altanerías de un necio con poder, baldones de un rico altivo, desprecios de un amigo ingrato y... ¡cuántas cosas, cuyo recuerdo me es desagradable hasta lo sumo! Mas ya la triste noche, separándome del comercio de los hombres, hace desaparecer de mis ojos estos objetos de odio y abominación, y obligándome a retirar al albergue sagrado de mi casa, me presentará en su lugar los ídolos más dignos de mi amor.

Sí, yo entraré en ella como al asilo de la paz; mi fiel y amable compañera me recibirá con mil caricias; mis tiernos hijos se colgarán de mi cuello y estamparán sus inocentes besos en mi frente. El chiquillo se

NOCHES TRISTES

sentará a jugar sobre mis rodillas; el grande reclinará su cabeza con la mayor confianza en mi amoroso pecho, mientras su madre me pregunte con el más vivo interés el éxito de mis negocios; pero ¡qué insensato fuera yo si oprimiera su amable corazón refiriéndole mis sinsabores! No; callaré lo adverso, disimularé mis contratiempos, hablaremos de asuntos familiares y domésticos, y, después de tomar juntos y alegres el frugal alimento que previno mi cuidado, entregaré mi cansado cuerpo al limpio y humilde lecho que me espera.

Mi almohada entonces recibirá gustosa mi cabeza, y la lisonjera reflexión de que a nadie he hecho mal en este día, me facilitará en medio de mis aflicciones el reposo y el sueño más tranquilo. Pero ¡qué es esto! ¿Qué gente armada me sorprende, impidiéndome la entrada de mi casa?

MINISTRO.—La justicia es. Deteneos. Daos a prisión.

TEÓFILO.—¿Yo a prisión?

MINISTRO.—Sí, vos. ¿No sois Teófilo?

TEÓFILO.—El mismo.

MINISTRO.—Pues sois el delincuente a quien se busca. Aseguradlo.

TEÓFILO.—Jamás he sido delincuente. Si lo fuera, no vendría con tanta serenidad a caer en vuestras manos.

MINISTRO.—Eso prueba necedad, no inocencia.

TEÓFILO.—¿Qué delito he cometido?

MINISTRO.—Bien lo sabéis.

TEÓFILO.—Lo ignoro; mi conciencia no me acusa de ninguno.

MINISTRO.—Todos los criminales dicen lo mismo. Sois reo de un robo y tres homicidios.

LA PRISION

TEÓFILO.—¡Reo de delitos!

MINISTRO.—¿No lo oís?

TEÓFILO.—Estáis equivocado. No seré yo.

MINISTRO.—Bien, ya se sabrá. Amarradlo.

TEÓFILO.—No me atropelléis, que soy hombre de honor.

MINISTRO.—Si conocierais lo que es honor, no es vieraís tratar de esta suerte; pero el infame pierde todos los fueros y privilegios. Caminad.

TEÓFILO.—Permitid que me despida de mi esposa.

MINISTRO.—No es necesario.

TEÓFILO.—Tendrá mucho cuidado por mi ausencia.

MINISTRO.—No importa. Caminad, que es tarde.

TEÓFILO.—Mirad...

MINISTRO.—Si habláis otra palabra, juro que os haré andar a sablazos.

TEÓFILO.—Conformémonos, suerte ingrata: no se te puede resistir. Caminemos.

MINISTRO.—Nada valen ya esas hipócritas resignaciones. Lo que debéis hacer es recordar los cómplices de vuestro crimen para delatarlos y componer vuestra conciencia, porque no viviréis muchos días.

TEÓFILO.—Así lo entiendo. Tal puede ser la vehemencia de la calumnia.

MINISTRO.—Mucho insistís en justificaros, o a lo menos en pretenderlo; pero es en vano. Hay presos ya algunos compañeros vuestros y la denuncia ha sido muy segura.

TEÓFILO.—Jamás he tenido compañeros en la maldad, porque me he excusado de cometerla.

MINISTRO.—Vaya, seréis un inocente; pero no sé cómo os libraréis de tantas pruebas que están producidas contra vos. Los cómplices, la denuncia y vuestros papeles os

NOCHES TRISTES

condenan sin la menor duda. Yo no soy el juez de vuestra causa; pero tengo muchas noticias seguras.

TEÓFILO.—No lo serán mucho. Porque ¿qué papeles míos o qué ilícitas correspondencias habéis visto?

MINISTRO.—Los que están en poder de los magistrados y los que acabo de sacar de vuestra casa, pues aunque éstos no los he visto, supongo que serán lo mismo que los otros.

TEÓFILO.—¿Cómo así? Pues qué ¿se ha cateado mi casa?

MINISTRO.—Ya está hecha esa forzosa diligencia y quedan asegurados vuestros pocos bienes.

TEÓFILO.—¡Justo cielo! ¿Y mi infeliz mujer? ¿Mis tristes hijos? ¿Qué habrán padecido en tan terrible lance, ignorando la suerte y paradero de su padre...!

MINISTRO.—No tengáis cuidado. A vuestra esposa se le dijo que por una deuda os embargarban y que, según noticias, vos, para escapar de la prisión que os esperaba, habíais huido esta misma noche y se sospechaba que trataríais de embarcaros para el Perú.

TEÓFILO.—No fue el remedio menos cruel que la herida. ¡Ah! si supierais la sensibilidad de esa buena mujer y el sincero amor que me profesa, la compasión os hubiera sugerido ahorrarle semejante pesadumbre...

MINISTRO.—Sois un bribón que no conocéis las leyes de la gratitud. ¿Así pagáis mi desinteresado comedimiento? ¡Insolente!

TEÓFILO.—No me insultéis, que el encargo que se os confía no os autoriza para maltratar a un indefenso; y más, que debéis advertir que yo en nada os agravio cuando os manifiesto que quisiera que mi esposa no hubiera sabido...

LA PRISION

MINISTRO.—Callad. ¿Pues valiera más que yo la hubiera dicho la verdad?

TEÓFILO.—Sí, más valía que la hubierais dicho lo que creéis ser verdad. Ella entonces, satisfecha de mi virtud, no lo habría creído y, confiada en el que vela sobre el justo, esperaría con resignación mi libertad y el resarcimiento de mi honor; pero como dijisteis ser el motivo una deuda, lo habrá creído sin el menor escrúpulo, porque ¿quién no puede contraer una deuda? Ni ¿quién será hábil para libertarse de las vejaciones de un acreedor cruel y favorecido?

MINISTRO.—Habláis mucho y sin sustancia; pero ya estáis donde pagaréis vuestras malicias. Ya estamos en la cárcel. Entrad.

TEÓFILO.—Depósito de la iniquidad: hónrate con que un hombre de bien pise tus umbrales esta vez. Entremos.

MINISTRO.—Carcelero.

CARCELERO.—¿Qué se ofrece?

MINISTRO.—Entregaos de este faccioso criminal.

TEÓFILO.—Decid, de este pobre desgraciado.

MINISTRO.—¿Aún habláis, insolente, y tenéis cara para profanar el nombre del honor y la virtud con esos impuros labios?

CARCELERO.—¿Pues quién es este inocente nuevo que me habéis traído de huésped esta noche?

MINISTRO.—Este es un gran pícaro; es el famoso Teófilo, de quien tenemos tanto encargo.

CARCELERO.—¡Ah! sí. ¿Este es el Teófilo... pues, aquel cierto Teófilo? Ya, ya sé quién es.

MINISTRO.—Pues ya os lo entrego. Aseguradlo bien hasta mañana, y no le permitáis comunicarse con persona nacida; ninguna compasión os merezca: es un vil.

NOCHES TRISTES

CARCELERO.—Sí, id sin cuidado. Bonito soy yo para compadecerme de ninguno. Aun las mujeres hermosas, cuyas lágrimas encantadoras a todo el mundo rinden, no consiguen nada conmigo. Ved, y qué lástima será capaz de infundirme este barbón. ¿Tienes dinero?

TEÓFILO.—Ninguno.

CARCELERO.—Pues siéntate. Te calzaré los grillos más pesados, pues éstos los merece el reo más criminal y pobre como tú.

TEÓFILO.—¿No puedo redimirme de este tormento ofreciendo gratificarte mañana?

CARCELERO.—Aquí no es tienda; no se admiten plazos. De contado se ha de pagar un favor, o sufrir.

TEÓFILO.—Pues suframos.

MINISTRO.—Repito que no es descuidéis con él, porque es muy malicioso.

CARCELERO.—Dejad su seguridad a mi cuidado.

MINISTRO.—Adiós.

CARCELERO.—Pon los pies iguales.

TEÓFILO.—Ya están; mas te ruego que no golpees tan recio, que se me rompen las piernas.

CARCELERO.—Y ¿qué me importa? ¿Acaso a mí me duele, o soy tu padre para lastimarme de tus dolores? Pagaras y te tratara con más suavidad de la que mereces.

TEÓFILO.—Dices bien. Haz lo que quieras.

CARCELERO.—Ya están remachados. Entra en este calabozo.

TEÓFILO.—No me puedo mover con tanto peso.

CARCELERO.—Eres muy delicado. Apenas tienen treinta libras.

LA PRISION

TEÓFILO.—Será así; pero no estoy acostumbrado a estas prisiones.

CARCELERO.—Pues acostúmbrate. Haz tu deber y anda, que es tarde y quiero recogerme.

TEÓFILO.—No puedo.

CARCELERO.—Pues yo te haré poder con este látigo, anda.

TEÓFILO.—¿Así ultrajas la humanidad abatida?

CARCELERO.—No me prediques; entra.

TEÓFILO.—Ya entro. El golpe del rastrillo ha herido funestamente mis oídos. ¡Qué mansión tan oscura y horrosa! ¿En dónde estoy? Por ninguna parte entra la más mínima luz. ¡Qué espanto! ¡Qué pavor tan inesperado sobrecoge mi corazón! Que el malhechor se sobresalte siempre, no es nuevo. Esto es muy natural. ¿A qué delincuente no asusta el temor del castigo que merece su delito? Pero que tiemble el inocente, que se abata el que no ha delinquido, luego que se ve sumergido en el peligro, no sé a qué secreto impulso lo pueda yo atribuir. ¿En qué se fundaría Horacio para decir que el inocente pasará libre y tranquilo por los riesgos más terribles? Seguramente eso sería en la edad dorada de los poetas, o él mismo jamás había experimentado el temor de la persecución criminal.

Pero, después de todo: yo ¿qué he hecho? ¿En qué he delinquido? ¿Cómo he podido merecer estos ultrajes? Mi conciencia, fiscal el más seguro de mis acciones secretas, no me acusa de ninguna por la que deba yo sufrir estos rigores. Sin embargo, los sufro y los padezco sin haberlos merecido. Me hallo sepultado en las cavernas del horror, cargado de prisiones, separado de la dulce compañía de mi familia, solo, triste, abatido y esperando el funesto fallo contra mi vida y honra.

NOCHES TRISTES

¡Oh, cruel condición de la miseria humana! ¡Que ni la más arreglada conducta, ni el honor, ni la virtud misma sean a veces bastantes a asegurarnos de los tiros de la ignorancia o de la malignidad de los hombres!

Mas ¿qué es lo que hago? Estas tristes consideraciones son inútiles. De nada sirve la apatía en estos casos, sino de hacer más pesada la horrible situación del individuo. Pues no. Yo he de esforzar mi espíritu, yo he de alentar mi ánimo desfallecido, acordándome, en medio de las aflicciones que me cercan, de que todo se hace en el mundo, o por decreto o por permisión del Ser Supremo. ¿Qué tengo de afligirme? Soy inocente; la Providencia velará sobre mi conservación y la de mis hijos.

A la escasa luz de este tabaco veré dónde estoy y acomodaré en el mejor rincón mis cansados miembros, mientras llega el día. Delante del sol brillará mi honrada conducta, sus dorados rayos disiparán la densa niebla de la calumnia, y la justicia, satisfecha de mi inocencia, me restituirá libre y con honor a la sociedad y a mi familia. Sí, esto ha de ser; yo alumbro...

Pero ¿qué es esto? ¡Qué nuevo horror me pavoriza! En un momento veo destruidos mis consuelos y mis esperanzas desmayando. ¡Ay de mí! Quería alentar mi espíritu con el recuerdo de mi ninguna culpa; pero advierto que se arrastra y se aniquila hasta lo sumo a la presencia de estos fúnebres objetos. No se ve aquí otra cosa que grillos, cadenas, sogas, cerones, cubas y sacos de infelices ajusticiados. ¿En dónde estoy? ¿Qué funestas ideas me suscitan estos terribles aparatos de la muerte? ¿Por qué me habrán encerrado en esta fatal maz-

morra y no en otro lugar menos espantoso? Sin duda está muy inmediato el término de mi vida. ¡Triste presagio! Acaso será costumbre depositar aquí las víctimas, para advertirles se prevengan a recibir la muerte.

Por todas partes toco su imagen. Ya no basta la idea de mi inocencia a reparar mi corazón; mi espíritu desfallece por momentos... Mas ¡qué es esto! Yo he tropezado y caído sobre un hombre. Sí, el bulto que toco no es de otra cosa. ¿Quién será este desgraciado que me acompaña? El triste duerme profundamente. Ni mis voces, ni el peso de mi cuerpo, han sido bastantes a despertarlo. ¡Pobrecito! ¡cuántas noches quizá habrá pasado sin cerrar los ojos! Su situación me compadece. ¡Miserable! duerme, descansa de las fatigas que atormentan tu espíritu y tu cuerpo por el día.

Pero no, despierta; consuélate con el infeliz que te acompaña; cuéntame tus desgracias, oye las mías, y entre ambos aliviaremos nuestras penas.

Mas no despierta, después de que lo muevo fuertemente. Apenas se le percibe la respiración. ¡Si estará enfermo o si se habrá privado en fuerza del dolor que lo oprime! Todo puede ser. Tocaré su pulso... ¡qué horror! su mano yerta parece al mármol frío. Este desgraciado está muerto. Le alumbraré la cara... ¡Qué susto! Es un cadáver el que yo juzgué mi compañero. Esto me faltaba para acabar de confundirme. Todos son preludios de mi muerte. ¡Qué pavor! ¿Quién será este desdichado? Alumbraré otra vez, a pesar de que lo resiste no sé qué secreta repugnancia...

¡Qué objeto tan espantoso! Su cara está negra, sus facciones desfiguradas, sus manos traspasadas con dos saetas. Este infeliz, sin duda fue algún salteador que

ajusticiaron y lo han depositado en este calabozo para a la madrugada conducirlo a algún camino real. ¡Desdichado de ti! ¿Pero qué digo desdichado? Feliz y muy feliz. El ha muerto, es verdad; perdió la vida, pero con ella satisfizo sus delitos; murió, pero supo que fue justamente; dejó de existir entre los vivos, mas también dejó de padecer los terribles remordimientos de su conciencia y ya no vive en fin, pero descansa para siempre.

¡Qué diversa es su suerte de la mía! Yo también moriré, yo sufriré la afrenta que él sufrió; pero la sufriré inocente, padecerá sin culpa y dejaré a mi triste familia la nota de la infamia, sobre el desconsuelo de mi pérdida. ¡Oh consideraciones funestas! ¡Oh momentos de desesperación y de dolor! Sólo la muerte podrá librarme del peso que me agobia.

Sí, muerte amiga, ven; ya no te temo, ya no te huyo, ya no eres, a mi vista, horrorosa ni formidable. En este cadáver te miro risueña y apacible; te considero como la única y poderosa redentora de todos los males de los hombres. Ven, muerte, pues; ven, apresúrate a socorrer a un infeliz que clama por que lo recibas en tus brazos. El golpe de tu segur es un solo golpe, terrible ciertamente; pero un golpe inevitable y un golpe piadoso que nos redime de otros muchos, más tristes y temibles. Tú nos privas de la vida; pero ¿qué es la vida para que vivamos tan engreídos con ella? ¿Es otra cosa que una tela en donde se teje sin cesar nuestra desdicha? Muramos, Teófilo, y muramos contentos, pues con la muerte se consigue el descanso que jamás sabe proporcionar la vida.

Pero el cielo parece que atiende benignamente mis

LA PRISION

clamores. El estruendo de las llaves y candados anuncia no sé qué felicidad a mi corazón.

En efecto, es el carcelero. Ya entra, pero admirado se detiene a mi vista... Sin duda se ha compadecido y no acierta a darme la alegre nueva de mi muerte. Lo animaré.

—Entra, amigo, habla, no te turbes. ¿Vienes a anunciarme el fin de mis últimos días? ¿Vienes a conducirme a la capilla? Dilo todo, dame este gusto; no te dilates. Tú eres mi amigo, tú mi verdadero consolador; apresúrate a entregarme a la muerte lo más pronto, a una muerte que espero con resignación... He dicho mal, a una muerte que deseo con ansia y que considero como el fin de mis intolerables desgracias. Ya me es insufrible el peso de esta vida que arrastro. Ea, vamos a morir, amigo, vamos a morir. ¡Ojalá se precipiten los últimos instantes de mi existencia, como el peñasco que se desgaja de la cima de aquel monte!

CARCELERO.—No te traigo la fatal noticia que deseas...

TEÓFILO.—¿Qué dices! ¿Aún no se decreta mi muerte? ¿Aún se me prolonga la vida para hacerme padecer con lentitud?

CARCELERO.—Me turbó el hallarte hablando solo y con tal entereza, cuando pensé que el miedo...

TEÓFILO.—Nada temo sino vivir.

CARCELERO.—¿Tan mal estás con la vida?

TEÓFILO.—Para nada la quiero.

CARCELERO.—Pues si el vivir te disgusta, vivirás a tu pesar. Siéntate.

TEÓFILO.—¿Qué vas a hacer?

CARCELERO.—A quitarte los grillos.

TEÓFILO.—¿Y para qué?

NOCHES TRISTES

CARCELERO.—Para ponerte en libertad.

TEÓFILO.—¿Qué dices?

CARCELERO.—Acaban de traer al verdadero Teófilo que se buscaba, que es el delincuente, y te voy a echar a la calle antes que amanezca y sepan los jueces la tropelía y mal proceder del comisionado.

TEÓFILO.—Yo lo perdono; pero no sé si me deba dar el pésame de esta desgracia.

CARCELERO.—¿Desgracia llamas el recobrar tu libertad?

TEÓFILO.—Sí la llamo. Desgracia es vivir en un mundo lleno de peligros. Ya estaba yo resuelto a morir; ya no pensaba sino en salir de esta vida, para librarme del infinito número de miserias que nos afligen y amenazan cada instante. Tú me has quitado el gozo con que me disponía a recibir la muerte. Yo viviré, sí, yo volveré a ver la luz del sol en mi libertad, y ¿para qué? Para ser mañana otra vez el juguete de la fortuna o el escarnio de los hombres.

¿Qué me importa vivir hoy, si mañana he de morir quizá más afligido y más desesperado? Hoy moriría con el consuelo siquiera de no merecer la muerte, moriría asegurado en mi conciencia; pero soy hombre; mañana puedo delinquir y en este caso el castigo me sería más doloroso.

CARCELERO.—A pesar de esto, tú debes vivir, pues está de Dios que vivas.

TEÓFILO.—¿Yo debo vivir pues está de Dios que viva? Es verdad. Soy un necio, soy un cobarde en apetecer la muerte, por eximirme de los males que me afligen. Sólo la pasión exaltada puede en ningún modo disculpar este bastardo modo de pensar.

Es una bajeza de ánimo el desear la muerte por no

LA PRISION

sufrir con constancia nuestras infelicidades. La tranquilidad en medio de ellas manifiesta, sin la menor duda, la magnanimidad del corazón.

CARCELERO.—Ya estás libre. Vete.

TEÓFILO.—Adiós.

NOCHE SEGUNDA

LA PÉRDIDA EN EL BOSQUE

Teófilo, Rodrigo y Martín

TEÓFILO.—¡Qué noche tan oscura y espantosa! Un precipicio se abre a cada paso. Las espesas y negras nubes nos impiden gozar siquiera la débil luz que prestan las estrellas. Nada tarda en descargar sobre nosotros la inmensa mole de agua que pende sobre nuestras cabezas... Ya gotea fuertemente... Los relámpagos nos deslumbran y los terribles truenos de los rayos nos asustan y estremecen, amenazando cada instante nuestras vidas...

El aguacero crece por momentos y el furioso huracán hace crujir las robustas encinas de estos montes. ¿Dista mucho, Rodrigo, la posada donde podamos guarecernos de esta terrible tempestad?

RODRIGO.—No lo sé.

TEÓFILO.—¿Cómo no? Pues al ajustarte conmigo ¿no me dijiste que sabías estos caminos?

RODRIGO.—Sí lo dije, y alguna vez los he andado; pero ahora no sé dónde estoy. Nos hallamos perdidos. Vos tenéis la culpa.

TEÓFILO.—¿Yo?

RODRIGO.—Sí, vuestra indiscreción en poneros a caminar cerca de ponerse el sol.

TEÓFILO.—El interés que tengo en caminar no me permite

NOCHES TRISTES

dilaciones; quisiera ser rayo para girar con su velocidad en pos de lo que busco.

RODRIGO.—Pues ¿qué buscáis con tanta ejecución?

TEÓFILO.—A mi esposa, a la querida mitad de mi alma, a la mujer más noble y más amante.

RODRIGO.—Según eso, ha huido de vos y, en este caso, no es tan noble ni amante como decís.

TEÓFILO.—¡Ah, no injuriez con tan bajos conceptos un alma tan grande y bondadosa! Mi mujer no huyó de mí, ni nunca tuvo motivo para temerme ni aborrecerme.

RODRIGO.—Pues ¿por qué la buscáis por los caminos? ¿Qué causa la obligó a separarse de vuestra compañía?

TEÓFILO.—Su lealtad, su amor, su fineza.

RODRIGO.—¿Es posible que por amaros se ausentó de vos?

TEÓFILO.—Sí, Rodrigo; anoche, por un equívoco, me vi en una horrible prisión, acompañado de un cadáver. Al prenderme, no se me concedió ver a mi esposa; el ministro ejecutor de mi arresto, creyendo hacerme un gran servicio, dijo a ésta que mis bienes se embargaban por una deuda y que a mí se buscaba por lo mismo; pero que él tenía noticia de que yo había huido para Acapulco con designio de embarcarme.

Apenas mi fiel compañera oyó esta noticia y se vio despedida de su casa, cuando, según me dijeron las vecinas, dejó sus hijos no sé dónde y ha marchado sola, a pie y sin dinero, en mi solicitud. ¿Qué podía yo hacer sino partir luego al instante en pos de una mujer tan digna?

No he perdido más tiempo, si puede llamarse perdido, que el que empleé en solicitar o saber el paradero de mis hijos. En momentos recorrí por las casas

de nuestros deudos y conocidos. Mas fue en vano; no los pude encontrar y, temiendo perderlo todo, me resolví y marché aunque ignorante del camino. En él te hallé y en él te acomodaste a acompañarme. He aquí la justa causa de mi precipitada caminata y la ninguna culpa que tengo en nuestra pérdida.

RODRIGO.—Ciertamente que son vuestros trabajos harto crueles; pero no tanto como los míos.

TEÓFILO.—En nuestras mayores desgracias debemos conformarnos con los sabios decretos de la Providencia.

RODRIGO.—Para el que se halla agitado, como yo, del dolor, del temor y la desesperación, esos consuelos son muy fríos. Nada calman la agitación de las pasiones.

TEÓFILO.—Te engañas. Los consuelos más sólidos y oportunos no se hallan sino en el seno de la religión. Cuando el hombre no es ateísta, no puede encontrar asilo más dulce y seguro en medio de sus mayores aflicciones sino en la religión católica.

Sí, Rodrigo: ella nos enseña que hay un Dios grande, autor de cuanto existe, legislador supremo de cuanto hay dentro y fuera de la naturaleza, sabio por esencia y bueno en el último extremo de bondad; nos asegura que este Ser Eterno nos ama infinitamente más que nosotros mismos, que nada decreta que no se dirija a nuestro bien, que nos crió y nos conserva, que vela constantemente sobre nuestra felicidad y nada omite por su parte de cuanto a ella conduce y que...

RODRIGO.—Bueno está. Vos tenéis un elegante estilo para misionero. Tal vez persuadiréis con facilidad a las viejas y a los idiotas; pero yo no soy de éstos. Dudo mucho de lo que decís y no sé cómo combinar ese amor extremado, ni esa cuidadosa Providencia, con el infini-

to enjambre de males que rodean al mísero mortal, sin cesar de acompañarlo desde la cuna hasta el sepulcro.

Conozco algunos hombres desgraciados que nunca, o rara vez, le han visto al placer la cara. Yo soy uno de ellos. Toda mi vida ha sido una cadena no interrumpida de enfermedades, miserias, sinsabores y pesadumbres. No parece sino que hay algún genio superior a mí que se complace en verme padecer y que todo lo rodea y lo dispone con este cruel y azaroso designio, porque...

TEÓFILO.—Basta, Rodrigo: ese modo de producirse arguye o un entendimiento grosero, o un corazón muy corrompido, o todo junto. Solamente un alma ennegrecida con tan criminales cualidades puede agraviar a la deidad con semejante blasfemia. ¿Crees tú que el bueno, el justo, el piadoso por esencia, se complazca en lastimar a los que son hechuras de sus manos? ¿Piensas que nuestro soberano autor es un padre cruel que, como el fabuloso Saturno, se deleite en devorar sus mismos hijos? No, Rodrigo, lejos de ti tan viles sentimientos.

Para que otra vez juzgues y hables con decoro acerca de la augusta Providencia, advierte que no todos los que llamamos males lo son en realidad. Estamos acostumbrados a trocar los nombres de las cosas, y a cada paso llamamos al bien mal, y al mal bien. De aquí proviene que tengamos como un mal positivo todas las privaciones de nuestros gustos y todo cuanto se opone al logro de nuestros deseos, aun cuando éstos sean los más desordenados. No es menester una revelación para conocer que muchas veces la Providencia embaraza nuestros designios por nuestro bien; la ex-

perencia y la razón, cuando les hacemos lugar, nos convencen de esta verdad.

También debes advertir que no todos los males que nos afligen vienen dirigidos a nosotros por un decreto absoluto de Dios. Más veces buscamos el mal nosotros mismos, que las que él nos busca. El Ser Supremo impuso desde el principio ciertas y determinadas leyes a la naturaleza, que no las traspasará sino por un milagro; y así el fuego siempre devorará lo combustible, el agua mojará, los graves se inclinarán hacia el centro, y así de todo. Dios concurre a las operaciones de la naturaleza, sin cuyo concurso todo se reduciría a la nada, y en este sentido se dice que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios; pero se ha de entender, sin una voluntad permisiva, no volitiva o imperiosa.

En tal sentido, es una verdad infalible que nada se hace sin la voluntad de Dios, ni el pecado, pues éste se hace con su voluntad permisiva, es decir, lo permite, no lo quiere; y así permite que nos aflijan muchos males, que por otra parte quisiera que no nos afligieran. Por ejemplo: por un admirable mecanismo estableció Dios desde el principio la respiración para la vida animal; siempre que esta función se detenga por mucho tiempo, faltará la vida. He aquí la ley de la sabia Providencia, ordenada a la naturaleza, en hombres, aves y brutos. Ahora bien, un desesperado suicida se suspende de la garganta en un árbol, se impide la respiración, muere, y quizá se condena. Estos son unos males positivos; pero están en el orden natural y, de consiguiente, en nada se oponen a la Providencia ni a la suma bondad del Ser Supremo.

Dios permite que aquél se ahorque, que en este caso muera y que si muere sin su reconciliación se condene, porque es la misma justicia. Dios permite todo esto; pero ¿diremos que quiere se ahorque y que muera eternamente? De ninguna manera; lo contrario, nos asegura por su palabra divina que no quiere la muerte del pecador, sino su conversión y vida; luego éste se mató porque quiso y no porque Dios decretó que tuviera un fin tan desastrado; sufrió un gran mal por su culpa y no porque Dios lo condenó, aunque lo permitió. De esta clase son muchos de los males que afligen a los hombres y que el impío atribuye al acaso o a una Providencia cruel y sin orden.

RODRIGO.—Bien, pero lo cierto es que Dios prevé el mal que me ha de afligir, puede evitarlo y no lo hace; luego quiere positivamente que yo padezca el tal mal; pues a no querer, claro es que lo evitara, así como evitó que los leones devoraran a Daniel en el lago, que el fuego del horno de Babilonia consumiera los tres niños, que el mar anegara a los israelitas perseguidos por Faraón, y así como ha evitado otras innumerables desgracias.

TEÓFILO.—Tu modo de discurrir, aunque extraviado, me confirma en lo que ya había sospechado por tu traje, y es que tus principios han sido otros que los de un mozo de camino.

Pero seas lo que fueres, a mí me basta verte sumergido en el error para compadecerte y procurar desengañarte según puedo. Cierto es que Dios prevé nuestros males y que pudiera evitarlos si quisiera, como de hecho nos libra de mil a cada instante, y aun en la oración dominica nos enseñó a pedirle que nos libre de

todo mal; pero ¿de qué males nos libraré con especialidad su Providencia? De aquellos que el hombre no se acarrea, de aquellos a que voluntariamente no se expone y de aquellos de que no se puede precaver por sus propias fuerzas, y aun de éstos no siempre, sino cuando conviene a sus altísimos designios, ya se interese en ellos la gloria de su nombre, ya el bien de sus criaturas.

De esta clase de males se vio amenazado Daniel en el lago, los niños en el horno, los israelitas en el mar, y otros muchos que ni se expusieron al mal, ni estaba en su arbitrio el libertarse de él. En éstos, Dios ha tomado por su cuenta el libertarlos, como lo ha hecho, interrumpiendo el orden prescrito a la naturaleza, de cuyos milagros ha resultado gloria a Dios y utilidad a todas sus criaturas.

Mas estos casos son muy raros, y el hombre jamás debe pedirle lo libre de los males por semejantes medios, porque esto se llama tentar a Dios, quien nunca hace milagros a nuestro antojo, ni mucho menos debemos esperar que nos libre del mal a que nos exponemos, conociendo el peligro inminente. Por esta razón tengo por una piadosa candidez la devoción con que el torador, puesto delante de la fiera, invoca a los santos, esperando que Dios por su intercesión lo libre de aquel peligro a que voluntariamente se expone, cuando él solo, sin ocurrir a Dios, pudiera librarse no poniéndose delante de las puntas del toro, quien seguramente no lo había de ir a buscar a su casa para herirlo, y sabiendo, o debiendo saber, que es una verdad eterna que el que se expone al peligro, las más veces perece en él.

NOCHES TRISTES

RODRIGO.—Eso es incontestable.

TEÓFILO.—Pues a este modo son muchos de los males que afligen a los hombres, y siendo por su culpa, los atribuyen los impíos a la Providencia, pero injusta y temerariamente.

El que disipó su patrimonio, el holgazán inútil, el glotón, el pícaro, el pendenciero y otros así ¿con qué cara se quejarán de la Providencia por la miseria que les aflige, por las enfermedades que padecen, por los castigos, golpes y penalidades que sufren, cuando ellos con sus vicios y desarreglada conducta se labran sin cesar su suerte desgraciada?

RODRIGO.—Al fin queréis persuadirme que Dios no determina ningún mal a las criaturas, sino que éstas se buscan cuantos padecen, y que por lo mismo es temeridad y tentar a Dios, pedirle que nos libre de los males. Decid lo que quisierdes; pero no sé cómo conciliar vuestra doctrina con la costumbre de la Iglesia, a quien oigo pedir a Dios nos libre de todo mal. Bien lo sabéis: preces tiene para suplicar nos libre de los rayos, de los terremotos, de las guerras, de las muertes repentinas, etc., y según esto, yo debo creer que todos los males son decretados por Dios, puesto que se le pide que nos libre de ellos, o lo que es lo mismo, que jamás los decrete contra nosotros.

TEÓFILO.—Tú te equivocas, Rodrigo; mi doctrina no se halla en oposición con la costumbre de la Iglesia. De las máximas de religión que ésta me enseña, saco cuanto te digo y tú no entiendes; pero oye: la santa Iglesia pide a Dios que nos libre de todo mal, mas esto no prueba que Dios decrete todo el mal. El Ser Supremo no es autor del mal. El mal, te he dicho que sucede

con la permisión de Dios; pero también te expliqué que no es lo mismo permitir que querer. Debemos pedirle que nos libre del mal y confiar en su poder, pues es omnipotente y puede librarnos, y no sólo puede, nos libra en efecto de mil desgracias, de que no podemos precavernos, y con tanta bondad, que mil veces nos libra sin pedírselo. ¡Cuántas ocasiones, acuérdate, cuántas veces hubieras perecido en esta riña, en aquel encuentro, en tal camino, en aquel río y en otros precipicios en que te has visto y de los que te ha sacado la omnipotente mano del Altísimo! ¿De cuántos riesgos no te has visto libre por esta invencible mano? Acuérdate y reflexiona que tú no fuiste suficiente a escaparte de ellos por tus propias fuerzas, y que quizá al tiempo de salvarte no te acordaste de Dios para nada, preocupado únicamente del susto que te amenazaba.

Pero de que Dios sea absolutamente poderoso para librarnos de todo mal, y de que así se lo debemos pedir, no se deduce que cuantos males nos afligen sean determinados o decretados por Dios. Mucho menos se arguye que esté, digámoslo así, obligado a librarnos, aun a costa de milagros, de aquellos males que nosotros nos acarreamos por nuestra culpa, ni a salvarnos de los peligros a que nosotros temerariamente nos exponemos. Sus atributos resplandecen en todo y su bondad se hace perceptible aun a las criaturas insensibles. Los cielos anuncian su gloria y las obras de sus manos certifican su poder.

En fuerza de esta bondad, dotó al hombre de entendimiento para conocer el bien y el mal, y le dejó un albedrío para que despóticamente eligiera entre uno y

otro, según su gusto. Esta luz de la razón y esta libertad concedida al hombre lo hacen digno de premio o de castigo. Liberalidad que cierra a los impíos la boca para que no puedan blasfemar contra la justicia ni providencia del Criador, y que les arrancará a su pesar aquella espantosa consecuencia: luego solamente por nuestra culpa, por nuestra malicia y querer, nos apartamos del camino de la verdad.

Hay otra equivocación en la materia. Vulgarmente llamamos mal a todo cuanto nos aflige, y en este sentido los males de que nos quejamos son los trabajos y miserias de esta vida. Ello es cierto, que así como no hay en el mundo otra felicidad que la que da la gracia, que es lo que se debe llamar único, sólido y verdadero bien, así tampoco hay mayor infelicidad que el pecado, que es el solo y verdadero mal.

Pero aunque comparativamente llamemos bienes a las prosperidades temporales, y males a las miserias y trabajos, debemos advertir que Dios no sólo permite que éstos nos aflijan según el curso de las causas naturales, sino que muchas veces los ordena y nos los envía directamente, o para nuestra corrección, o para nuestro mérito, y en ambos casos, lejos de tenerlos por males, los deberíamos reconocer como unos bienes celestiales, por más que nos lastimen; así como el enfermo no tiene por un mal el cáustico, sino por un remedio eficaz, del que mil veces depende su salud.

Cuando el hombre se quita la venda de las pasiones y levanta los ojos limpios a su Autor, se consuela en medio de sus aflicciones con la seguridad de estas verdades.

Entonces se acuerda que dicen los Proverbios que

“los días del pobre que teme al Señor, están llenos de privaciones; pero la tranquilidad de su alma le es en vez de abundancia”. Entonces lee con gusto lo que dice San Pablo: “Gloriémonos en las tribulaciones, las cuales producen la paciencia, estableciendo ésta la prueba de nuestro amor, y perfeccionando nuestra virtud, nos da una esperanza firme.” Entonces se acuerda con Job que “es dichoso el hombre a quien prueba el cielo y que no se deja abatir en los trabajos, ni desanimar por los sufrimientos, que siendo la señal cierta de una predilección divina, debemos llevarlos con alegría”. Entonces sabe en el libro de los hebreos: que “no aflige Dios sino a aquellos que él constituye en el número de sus hijos, ni corrige sino a los que ama”. Finalmente, entonces conoce que “son bienaventurados los que lloran y felices los que padecen, siendo justos”.

RODRIGO.—¡Buen espíritu tenéis para misionero! ¿Habéis acabado?

TEÓFILO.—Nadie es capaz de elogiar dignamente las magnificencias del Señor; pero lo dicho es suficiente, a mi parecer, para hacerte conocer que Dios es justo y bueno, sobre toda bondad y justicia, que su sabia Providencia todo lo ordena a nuestro bien, y que lejos de complacerse en los trabajos que nos afligen, como piensan los impíos, incesantemente vela sobre nuestra sólida felicidad.

RODRIGO.—Así os parece, pero os engañáis; nada de cuanto habéis hablado me convence. Hay criaturas nacidas sólo para llorar y sufrir. ¡Desgraciado de mí! Soy uno de ellos...

TEÓFILO.—Esfuérzate, Rodrigo, que cuando pase la negra tempestad que te oprime, tú conocerás la verdad y te

consolarás resignándote, como debes, en la divina Providencia.

RODRIGO.—Vuestros consuelos son inútiles. Mi mal es cruel y mi dolor vehemente y no tengo esperanza de remedio.

TEÓFILO.—¿Qué puede ser que no halle alivio en la esperanza?

RODRIGO.—Soy desgraciado. Hoy ha muerto mi esposa, la mujer más amable del mundo, y ha fallecido en los brazos del dolor y la miseria. Ha muerto en la flor de sus años, sólo por haberme amado, y yo, teniendo o debiendo tener proporciones para haberla asistido, he sido tan desdichado que ni la he podido sepultar, viéndome precisado a abandonar el cadáver, dejándolo solo en la accesoria en que vivía, y venir acompañándoos, sufriendo las inclemencias de esta pesada noche, y cosas peores.

TEÓFILO.—Es dolorosa, amigo, tu situación; yo te compadezco al par de mí; pero ¿qué crueles ocurrencias te condujeron a tan lastimoso estado?

RODRIGO.—Oíd en breve: yo amaba a la que fue mi esposa y era correspondido de ella tiernamente. No restaba otra cosa que casarnos para disfrutar tranquilamente nuestro amor; mi padre se opuso a este enlace injustamente, no porque mi esposa tuviera ninguna cualidad que la hiciera indigna de mí, sino porque era pobre. Yo, no pudiendo resistir mi pasión, me casé contra su gusto, y él, vengativo y codicioso, me desheredó al instante, dejándome en la calle y rodeado de miserias.

TEÓFILO.—Tu padre anduvo imprudente; mas tú debiste haber tentado otros medios más suaves, para obtener

EN EL BOSQUE

su permiso, antes que atropellar su voluntad violentamente.

RODRIGO.—El era un viejo áspero, duro y cruel; al paso que afeminado y condescendiente. Jamás me trató con prudencia, sino, o con un rigor excesivo o con una mimada contemplación, con cuyo arte logró que yo lo aborreciera unas veces, y otras lo tratara sin respeto. Ultimamente, si yo fui un hijo perverso e ingrato, él fue un padre tirano y consentidor. . .

TEÓFILO.—Amigo, yo te he escuchado con espanto. Acaso tu padre será del extraño carácter que dices; mas nunca te es lícito deshonrarlo con tanta desvergüenza, ni pintar sus defectos con tan negros coloridos. ¡Pobre viejo! Tal vez a esta hora tendrá noticia de tus desgracias, se habrá dolido de ellas, tratará de redimir su imprudencia, te habrá buscado y, no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia. Vuélvete, Rodrigo, vuélvete y consuela su cansada vejez.

RODRIGO.—Melindrosas son vuestras persuasiones, el viejo cruel jamás me amó. Su hijo y su ídolo era el oro, ni conocía otro amor que el del dinero y. . .

TEÓFILO.—Bueno está; pero al golpe de la inmadura muerte de tu esposa, es de creer que habrá despertado de ese letargo. Ya se acordará que es padre; estará pesadoso de su capricho, querrá consolarte y estrecharte en sus brazos. Sí, Rodrigo, así lo creo. Vuélvete, que el triste anciano estará llorando por ti a esta misma hora.

RODRIGO.—Os engañáis. Mi indigno padre, a esta hora no se ocupa sino en llenarme de maldiciones que ¡ojalá no tarden en cumplirse!

TEÓFILO.—¡Qué profieres! Eso es temeridad.

RODRIGO.—No, sino una verdad evidente. Yo, en medio

NOCHES TRISTES

de mi dolor y miseria, fui a verlo para que me diera algún socorro. El me recibió con su acostumbrado desabrimiento; me irrité; quise tomar por fuerza unas onzas de oro que había sobre la mesa; él se llenó de rabia, me dio una bofetada y yo, entonces...

TEÓFILO.—¿Qué, qué hiciste?

RODRIGO.—Le pasé el corazón con un puñal...

TEÓFILO.—No prosigas. ¡Qué horror! ¡Qué sacrílego atentado! ¿Sabes qué has hecho? ¿Sabes que has atraído sobre ti todas las maldiciones del cielo? ¿A tu padre? ¿Al que te animó? ¿A tu vice Dios has asesinado? ¿Es posible que aún vives y...?

RODRIGO.—Basta, no me conjures. Sé cuál es mi delito; pero ¿qué tengo con saberlo? Todo lo he perdido en un momento: mi esposa, mi padre, mi hacienda, mi honra, mi libertad, mi vida y mi alma...

TEÓFILO.—Cállate, bárbaro, tu alma no está perdida. Clama a Dios y te perdonará.

RODRIGO.—Ya es tarde.

TEÓFILO.—Jamás lo es para arrepentirse.

RODRIGO.—No puedo. Mi crimen es muy atroz.

TEÓFILO.—La misericordia de Dios es infinita.

RODRIGO.—Para mí no alcanza.

TEÓFILO.—Arrepiéntete, confía...

RODRIGO.—Me es imposible. La espada vengadora está sobre mi cabeza. La sombra de mi cruel padre me persigue. ¡Ay, triste! ¿No la ves, qué horrible y ensangrentada me persigue? Sí, mírala, cómo anegada en unas negras llamas me avisa estar en los abismos por mi causa; mírala qué furiosa y cómo me amenazan sus ojos centelleantes y furiosos. ¡Miserable de mí!

EN EL BOSQUE

TEÓFILO.—Tu temor es fundado; pero no desconfíes, clama a Dios...

RODRIGO.—Está sordo. ¿No ves cómo se tapa los oídos? Mi condenación se ha decretado.

TEÓFILO.—Rodrigo: vuelve en ti. Teme al Señor, pero duélete de tu culpa y espera...

RODRIGO.—¿Qué he de esperar? ¡Mal haya mi existencia!...

TEÓFILO.—¡Qué espanto! A la luz de este relámpago he visto despeñarse desde esta cima al infeliz Rodrigo. Rodrigo... Rodrigo... No responde. El infeliz cayó en un impetuoso arroyo y ha muerto impenitente. ¡Desdichado! Su crimen lo condujo a la desesperación y ésta a la impenitencia final. ¡Terrible estado!

Pero ¡válgame Dios! Qué cerca estuve yo de acompañarlo en tan aciaga muerte, si la atmósfera encendida tan a tiempo, no me avisara de mi próximo peligro. ¡Oh Providencia benéfica! Yo adoro tus decretos y, cosida la cara con la tierra, alabaré y bendeciré tus admirables giros.

Mas ¿qué hago aquí? Ya parece que los aguaceros son menos fuertes; dentro de un rato es de creer que cesarán del todo y que, disipándose las ya delgadas nubes, abrirán el paso a alguna claridad. Me volveré por donde vine. Alta Providencia, en quien confío, sosténme en esta espantosa y tristísima noche, y dirige mis inciertos pasos para que no me conduzcan al precipicio...

En efecto, la agua cesó; el horizonte se va limpiando y no tarda la aurora en dejarse ver. ¡Oh, qué noche tan amarga ha sido ésta! Anoche, sepultado en una oscura prisión, pensaba que no podía tener otra peor;

NOCHES TRISTES

mas ésta ha sido más fatal, aunque por otra parte más provechosa para mí.

En medio de las incomodidades del recio temporal, del temor de los frecuentes rayos, del desvelo, de la fatiga y de la incertidumbre del lugar en donde me hallo, me ha proporcionado mil saludables recuerdos el triste fracaso de Rodrigo. ¡Qué desgracia! ¡Qué infelicidad la de ese hombre y la de su padre! Estas si son desgracias, estos sí son verdaderos males y trabajos irreparables...

Verdad es que el avariento padre de Rodrigo fue el motor de la desgracia de su casa. ¡Oh infame codicia, y de cuántos daños eres causa! Un padre cruel y avaro hizo en pocos días un parricida, sacrificó una joven virtuosa en las aras de la miseria, y él mismo fue víctima de la desesperación de su triste hijo. ¡Ay, hijos ingratos y desconocidos, que no sabéis sufrir los defectos de vuestros padres! Pero también ¡ay de vosotros, crueles padres, que no condescendéis con vuestros hijos en sus más honestos y lícitos enlaces, sino que los castigáis y aun aborrecéis cuando éstos no son conformes a vuestras miras codiciosas! Queréis casar los capitales y no las voluntades, como si el matrimonio fuera una negociación profana y no un sacramento, sacramento grande, como le llama San Pablo.

Mas ya la primera luz del sol alumbra los horizontes. Ya amanece. Las tinieblas se disipan, las inocentes avecillas con sus dulces gorjeos saludan al Criador. La naturaleza toda toma otro aspecto a la venida del padre de las luces, y...

MARTÍN.—Socorro, piedad, favor...

TEÓFILO.—Pero ¡qué lastimeros ayes hieren mis oídos!

EN EL BOSQUE

¿Qué infeliz se queja y pide socorro en estos montes?
MARTÍN.—Pastores o vaqueros, amparadnos.

TEÓFILO.—A mi derecha se escuchan los clamores. Subiré a la cima de esta loma, por si descubro su desgraciado autor. Consuélate, infeliz, seas quien fueres, que aunque inútil, ya vuelo en tu socorro... Pero ¡qué miro! Un pobre hombre desnudo se deja ver desde aquí, atado a un tronco. ¡Triste espectáculo! Ya él me vio y con la cabeza me llama. Bajaré...

¿Quién eres desdichado? ¿Quién te ha puesto en tan amarga situación? Ya te desato. Consuélate. ¿Lloras? ¿La voz se te anuda en la garganta? ¡Pobre de ti! Vamos, serénate, o llora si de este modo se desahoga tu pena. Ya estás suelto. Soy tu amigo; refiérme tus aflicciones, por si puedo servirte de algún alivio.

MARTÍN.—¡Ah, buen señor! Yo soy un pobre que tengo un miserable ranchito a dos tercios de legua de este sitio, y me llamo Martín. Anoche vine con mi mujer a recoger mis vacas para llevarlas al corral, y nos asaltaron unos ladrones, nos robaron las reses, nos golpearon y desnudaron, y después de esto, nos ataron a estos troncos.

TEÓFILO.—¿Y dónde está tu infeliz mujer?

MARTÍN.—Allí está, señor, que ni el consuelo de estar juntos nos permitieron. Miradla.

TEÓFILO.—Es verdad. Toma, cúbrete, y anda a cubrir y desatar a tu esposa...

MARTÍN.—¿Qué hacéis, señor? ¿Vuestra manga la rompéis?

NOCHES TRISTES

TEÓFILO.—Sí, toma tú la mitad, y con la otra cubre a tu mujer.

MARTÍN.—Esa manga está muy buena, es lástima que la destrocéis; aún os puede servir.

TEÓFILO.—Jamás puede servir más dignamente. Anda.

MARTÍN.—Yo os agradezco, señor, esta fineza. Vuelvo.

TEÓFILO.—¡Qué fieros son los hombres! ¡Qué insensibles! ¿No bastaba robar a estos miserables sus bienes? ¿Aún era necesario desnudarlos y maltratarlos hasta el extremo?

MARTÍN.—Señor, señor, venid a ayudarme, que mi Teodora ha muerto.

TEÓFILO.—¡Qué dices! ¿Esta otra desdicha te esperaba?...

Vaya, cúbrela bien y sostenla mientras la desato...

No te desconsueles. Está viva.

MARTÍN.—¿Está viva, señor?

TEÓFILO.—Sí, Martín, está viva.

MARTÍN.—No, señor ¿no véis que no habla, ni respira y está fría como un hielo? ¡Ay de mí, que mi Teodora ha muerto!

TEÓFILO.—No, infeliz, no ha muerto. Está desmayada y fría, por la agua y el aire frío que ha sufrido en toda la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo y sube tú a la grupa para que la llevemos a tu casa.

MARTÍN.—Señor, la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habéis de ir a pie entre tanto lodo?

TEÓFILO.—No le hace; yo iré así de buena gana; importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guía.

MARTÍN.—Sois un señor piadoso y compasivo.

TEÓFILO.—Sólo hago lo que debo. Vamos ¿tienes hijos?

MARTÍN.—Sí, señor, tres chiquillos. Quién sabe qué habrán hecho toda la noche sin nosotros.

EN EL BOSQUE

TEÓFILO.—¡Triste de ti! Aún es joven tu esposa. ¿Te ama mucho?

MARTÍN.—¡Ah, señor, por eso la amo yo tanto! Es muy amante y fina mi Teodora... Pero ¿veis, señor? Ya desde aquí se mira mi chocilla.

TEÓFILO.—Es verdad. Aligera para que lleguemos pronto.

MARTÍN.—Si haré, y luego que lleguemos descansaréis, señor, y me haréis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora, mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, a ver si viene el padre vicario y el médico.

TEÓFILO.—Querría continuar mi camino, pero haré cuanto quieras en favor tuyo y de tu pobre esposa.

MARTÍN.—Dios lo pagará, señor.

TEÓFILO.—Así lo espero.

MARTÍN.—Eh: ya llegamos. Mis hijos aún duermen amontonados unos sobre otros.

TEÓFILO.—Pues no los despiertes. Ven, carguemos la enferma... ¿Dónde la pondremos?

MARTÍN.—Aquí, señor, sobre estas jergas, que es toda nuestra cama.

TEÓFILO.—¡Qué miseria! Abrígala con esas mantas secas y dale a oler el humo de la lana quemada... ¿Ya ves?... Luego que se va calentando, va volviendo... Ya se mueve... Repite la operación... llámala... ¿Te responde?

MARTÍN.—Sí, pero apenas la oigo y habla despropósitos.

TEÓFILO.—En efecto, delira. La calentura es terrible. Ve por el médico, que el tiempo es muy de aprovechar en estos casos.

MARTÍN.—Pondré, señor, vuestro caballo en el corral para que almuerce. Vos secad vuestra ropa al fuego y reco-

NOCHES TRISTES

geos cuando queráis, asad una gallina, pues yo no tengo lugar, ni vos gustaréis que me dilate.

TEÓFILO.—No, en verdad. Anda, que yo cuidaré de todo como pueda.

MARTÍN.—Voime.

TEÓFILO.—¡Qué desgracia es la mía! ¡Que siempre haya de presenciar espectáculos tristes y espantosos!

NOCHE TERCERA

EL DUELO TRISTE

Teófilo y Martín

TEÓFILO.—Ya anochece; la enferma se agrava por momentos. Los auxilios faltan aquí del todo; estas criaturas lloran extrañando la compañía de un hombre que conocen, y Martín no parece. ¡Válgame Dios, y qué noche tan penosa se me prepara!

Pero aquel bulto que ya se mira cerca de la puerta ¿no es Martín? Sí, él es. ¿Qué hacías, Martín? Ya estaba yo cuidadoso de ti. ¿Qué es del confesor que fuiste a traer? ¿Dónde está el médico? ¿Tú vienes solo?

MARTÍN.—Sí, señor, solo vengo.

TEÓFILO.—¿Pues qué has hecho? ¿Por qué no vienen contigo esos señores?

MARTÍN.—Porque soy pobre y los hombres son muy crueles con los pobres.

TEÓFILO.—Pues ¿qué ha sucedido? ¿Qué te han dicho? ¿Por qué se han excusado?

MARTÍN.—El médico no viene porque habiéndolo hallado en una hacienda lejos del pueblo, me pidió veinte pesos por la visita, y como no tuve para dárselos, se negó del todo.

TEÓFILO.—¡Qué cruel! Ese bárbaro, si acaso es médico y no un ignorante charlatán, se ha olvidado del solem-

NOCHES TRISTES

nísimo juramento que hizo de asistir a los pobres, cuando se examinó. ¿No le ofreciste nada absolutamente por la visita? Pues, en efecto, digno es el que trabaja de que se le pague su jornal en algún modo, y nadie debe darse por bien servido, pues todos comen de lo que trabajan.

MARTÍN.—Sí, señor: le ofrecí una vaca con su cría, que es lo mejor que me dejaron los ladrones.

TEÓFILO.—¿Y aun así no quiso venir?

MARTÍN.—No, señor.

TEÓFILO.—Es un malvado. ¿Qué más habías de hacer que ofrecerle cuanto tenías? En ti esa oferta o premio valía tanto como si un rico le hubiera prometido su caudal, pues tú le dabas todo el tuyo. Bien dices, que son los hombres crueles con los pobres. Y el vicario ¿por qué no vino?

MARTÍN.—Dijo que estaban los caminos muy pesados con la agua de anoche; que él estaba un poco acatarrado, y que después de todo la enfermedad de mi mujer no sería nada.

TEÓFILO.—¿Así se te excusó el vicario?

MARTÍN.—Sí, señor.

TEÓFILO.—¿Qué hay que esperar de otros, si los que por su profesión y carácter debían dar ejemplo de caridad, así faltan a ella? Y tú en vista de su excusa ¿no ocurriste al cura?

MARTÍN.—Sí, señor; pero cuando lo vi estaba divirtiéndose a los naipes y me regañó mucho, diciéndome que para eso tenía vicario, que si éste estaba enfermo y no podía venir, él no tenía la culpa, que volviera mañana u otro día a ver si se había aliviado.

TEÓFILO.—¡Buen consuelo! ¡Excelente modo de cumplir

EL DUELO

con un cargo tan grave, como el de cura de almas! La lástima es que el caso que me refieres no sea falso. ¡Ojalá fueran ponderaciones tuyas y no tuviera repetidos ejemplares este descuido tan notable! ¡Qué cosas! ¿Conque el padre vicario se excusa con lo pesado del camino y el cura con que tiene vicario, y te dicen que la enfermedad no será nada, que vuelvas otro día? ¿Y si no da tiempo el mal y el paciente se va sin confesión, qué cuenta darán a Dios de esas almas semejantes ministros indolentes?

MARTÍN.—Señor ¿y cómo está Teodora? ¿Se ha aliviado?

TEÓFILO.—No, amigo, yo nunca trataré de engañarte. Tu pobre esposa está gravemente enferma. La fiebre es de lo más violenta. Ya está manchada, el delirio es continuo, los dientes están negros, el aliento indica la gangrena; el sudor es frío, los síncope continuos. El hipo no tardará en acometerla, al que se seguirá su pronta muerte.

MARTÍN.—¿Qué decís, señor? ¿Su pronta muerte?

TEÓFILO.—Sí, hijo mío; es menester velarla esta noche, pues es difícil que amanezca.

MARTÍN.—Pues perdonad, señor, entraré a verla.

TEÓFILO.—Sí, anda. Esos cuidados son muy dignos de un esposo sensible y hombre de bien. ¡Triste Martín! ¡Qué situación es la suya tan desgraciada! Solo, pobre, cargado de una familia inútil e inocente, con su buena mujer a las orillas de la muerte y en un páramo que no presta el más mínimo socorro. ¿Qué sentirá el corazón de este infeliz, y más cuando se acuerde de la insen-

NOCHES TRISTES

sibilidad del médico y del vicario? ¡Ah, estos instantes son muy crueles! Es menester toda la fe y la gracia auxiliante para no confundirse... El llora... ¡pobre hombre! Yo lo compadezco: es esposo y es padre; tiene razón. Procuremos consolarlo. Martín... Amigo, ven acá.

MARTÍN.—¿Qué mandáis?

TEÓFILO.—¿Cómo hallas a Teodora?

MARTÍN.—Muy mala, señor; su muerte está muy próxima. Nada habla, ni conoce; su vista está quebrada; el pecho se le ha levantado y la ansia que tiene es terrible... Ay, Teodora mía ¿qué haré?...

TEÓFILO.—¿Qué has de hacer, amigo, qué has de hacer? ¿No eres cristiano? ¿No sabes que hay un Dios? ¿No lo conoces? ¿No te acuerdas que es tu Padre? ¿No estás seguro en lo mucho que te ama? Pues resígnate, amigo, abandónate a su divina y justa Providencia, con la confianza de uno de tus hijitos cuando corre precipitado y se deja caer entre tus brazos.

Yo también soy padre y soy esposo, mi mujer es el mismo amor y la fidelidad misma, y mis tiernos hijos son pedazos enteros de mi corazón. Si tú supieras por qué causa ando yo por estos lugares que no conozco, si tuvieras noticia de mis tristes aventuras, si pudieras saber el grado de dolor que excitan en mi alma tus contratiempos, acaso te consolarías con tu suerte y me compadecerías más que a ti.

Sí, Martín: mi suerte es más dura que la tuya. Tú verás morir a tu esposa y tendrás el alivio de que exhale el último suspiro entre tus brazos; llorarás, multiplicarás tus sentimientos, lavarás su cara con tus lágrimas, lágrimas de dolor; pero en alguna manera lágrimas dul-

ces, pues se derraman con el objeto amado; en fin, tú quedarás asegurado de su muerte y te volverás a tus hijos. Estos tiernos pimpollos de tu amor serán muy suficientes para reparar una parte de la falta de su madre, y tú en ellos encontrarás algún desahogo.

Esta es tu situación ¡oh triste amigo! y éstos los consuelos que aún te quedan; pero yo ¡desgraciado! yo padezco tormentos más crueles y carezco de todo humano auxilio. Yo ando en pos de la mujer más amable y no sé de ella; temo sus desgracias y no puedo remediarlas; tengo hijos y no sé en dónde se hallan. Dime ahora si mi situación no es más dolorosa que la tuya.

Pero ¿qué hemos de hacer, Martín, en estos lances? ¿Nos hemos de abatir, hemos de desesperarnos, hemos de entregarnos con imprudencia a un abandono horrible y criminal? Nada de esto. Levantemos el corazón a Dios en nuestras mayores infelicidades; resignémonos en su alta y divina Providencia y confiemos en que nada dispone que no sea ordenado a nuestro bien. Estos son los únicos consuelos que tenemos que esperar. Sí, Martín, la religión, la religión es el único escudo que nos presenta la fe en tan desiguales batallas. Quitemos la religión católica del mundo, olvidemos las promesas divinas, abandonemos esta esperanza, y en breve todo infeliz será un suicida. ¿Quién será bastante a sufrir con paciencia las intolerables miserias que nos afligen y rodean? ¿No ves cómo...? Pero anda, humedece los labios a la enferma y avísame del estado en que se halle.

MARTÍN.—Vos decís muy bien, señor; pero yo no puedo consolarme. Quisiera morir con mi Teodora... Voy a verla...

NOCHES TRISTES

TEÓFILO.—Yo creo muy bien que en estos duros instantes, no te será fácil el consuelo. No son nuestros corazones de bronce. Fuerza es que sientan los sensibles; pero tu fe, tu sencillez y religión te sostendrán para que el sentimiento no exceda los límites de lo justo. ¡Pobre Martín!...

Mas él vuelve llorando y apresurado. ¿Qué tienes? ¿Se agrava más la enferma?

MARTÍN.—Por momentos.

TEÓFILO.—¿Le has hablado? ¿Te conoce?

MARTÍN.—Cuando llegué abrió los ojos, me miró y dijo: “Yo me muero, Martín, cuida tus hijos.” Entonces la tomé una mano, la llevé a mi boca y la humedecí con mis lágrimas. Ella lo advirtió y me dijo: “No llores, amigo ¿pues qué no sabes que es fuerza morir alguna vez? Esta vez se ha llegado y yo estoy contenta esperando ir a descansar eternamente.”

Cuando esto dijo se volvió a privar, y a pocos instantes abrió los ojos restablecida del síncope y exclamó: “Sí, mi Dios, yo perdono a los que son causa de mi muerte, porque tú me mandas perdonarlos. Recibe mi alma y cuida de mi Martín y de mis hijos.” Diciendo esto le repitió el síncope y el hipo no la deja sosegar. Entremos a verla.

TEÓFILO.—Sí, Martín, vamos a ser testigos de una muerte feliz; pues según lo que dices, tu esposa es una joven de virtud.

MARTÍN.—Ah, señor, mi Teodora es una santa. Los murmuradores de los pueblos no tienen más pero que ponerle que su virtud, y así la conocen por el sobrenombre de la beata.

EL DUELO

TEÓFILO.—Feliz quien justamente se hace merecedor de semejante sobrenombre. Entremos...

En efecto, está muy mala. Su última hora se acerca por instantes.

MARTÍN.—Lo más que siento es que no se haya confesado; bien que anteayer comulgó, como lo hace todos los días de fiesta.

TEÓFILO.—No te aflijas, que yo creo que no lo necesita. La resignación con que está, la tranquilidad con que espera la muerte, manifiesta el buen estado de su espíritu. Sólo el justo no se aterroriza en este trance. La gracia y la serenidad de su conciencia pintan en su cara una alegría nada común a las almas, a quienes sus crímenes espantan. ¿No tienes alguna imagen de Cristo crucificado, que tenga algunas indulgencias concedidas para esta hora?

MARTÍN.—Sí, tengo una romana que tiene indulgencia plenaria.

TEÓFILO.—Pues tráela, que ya es hora: ya agoniza...

MARTÍN.—Aquí está.

TEÓFILO.—Ponla en sus manos y dime ¿es cierto o me parece que está grávida?

MARTÍN.—No os entiendo.

TEÓFILO.—Que está encinta o embarazada como suelen decir.

MARTÍN.—Sí, señor, y de cinco meses ha...

TEÓFILO.—Esta es nueva aflicción; pero Dios nos ayudará en todo. Sosténle la cabeza y reza conmigo el credo...

MARTÍN.—¡Ay de mi Teodora!... Ya expiró.

TEÓFILO.—Sí, amigo, ya comenzó a vivir eternamente. No te aflijas mucho. Su suerte ya es feliz para siem-

NOCHES TRISTES

pre... Mas ¿qué es esto? Tus hijos han despertado y se han entrado hasta la cama...

¡Qué escena tan triste y dolorosa! Martín no des-
pega su cara de la difunta y sus tiernos hijos se echan
llorando sobre el cadáver. ¿Quién podrá reprimir los
sentimientos naturales, ni cómo podremos imponer mo-
deración en estos lances? Todo es aquí tristeza, gritos,
lamentos y suspiros.

Pero es preciso acudir a lo importante. Martín: ya
tu esposa murió; ya esto no tiene remedio; pero el hijo
que encierra en su vientre nos llama en su favor. Es
necesario tratar antes que muera de administrarle el
sacramento del bautismo.

MARTÍN.—Ay, señor ¿y cómo podremos hacer eso?

TEÓFILO.—Muy bien: haz que estos niños se retiren a un
cuarto separado, lo más pronto que se pueda, y ven acá.

MARTÍN.—Vamos, hijos... Ya están encerrados.

TEÓFILO.—Prevén un poco de agua clara.

MARTÍN.—Voy a traerla...

TEÓFILO.—Yo solo entretanto haré la operación, para que
Martín no tenga esto más que sentir... Por fortuna él
se ha dilatado el tiempo necesario. Ya está el niño en
mis manos y aún vive...

MARTÍN.—Aquí está el agua.

TEÓFILO.—Dámela... Yo te bautizo, etc.

MARTÍN.—¡Qué es esto!

TEÓFILO.—Es tu hijo que ya está bautizado. Míralo. To-
davía se mueve, aunque poco tardará en expirar.

MARTÍN.—Pero, señor ¿cómo hicisteis esto?

TEÓFILO.—Muy breve, y esta fácil operación que se llama
cesárea deberían todos saberla ejecutar, por las utilida-
des que trae en estos casos... Pero tus hijos lloran mu-

cho, y hacen muchos esfuerzos por entrar. Abreles, dales este consuelo a los inocentes.

Ya este malogrado infante murió. Lo envolveré en este paño y lo pondré junto al cadáver de su madre. Las criaturas entran y el triste espectáculo se representa de nuevo con doble amargura. Fuerza es dejarlos que se desahoguen.

¡Oh muerte! ¡Qué terrible es tu imagen y qué triste el recuerdo de tu infalible venida! Toda esta pobre familia está envuelta en la más dolorosa confusión. Martín aprieta contra su pecho la cabeza de su esposa; los niños besan sus manos, abalanzándose al cadáver de su madre. Todos lloran, todos sienten su desventura y manifiestan sus sentimientos en el más alto grado de ternura. Sólo Teodora está inmóvil, sólo ella yace insensible en medio de esta escena de dolor.

Pero, ah, que no es Teodora la insensible, no es ella la que yace en esa pobre cama; es el cadáver de Teodora, la porción material y corruptible de su compuesto; mas Teodora no existe. Su espíritu ha recogido el premio debido a sus méritos y su cuerpo en breve será entregado a los gusanos. ¿Y es posible que el mismo fin he de tener yo, han de tener Martín, sus hijos, los nietos de éstos y todas las generaciones venideras? ¡Oh, qué verdades tan tristes, pero qué ciertas!

Son las tres. No puede tardar mucho en venir el día. Consolemos al pobre Martín y hagamos se disponga a sepultar los restos de su esposa. Martín... amigo, ven acá. Justo es que sientas a la mitad de tu alma; pero también es justo que te conformes con los decretos de la divina Providencia.

MARTÍN.—Ah, señor, he perdido a mi Teodora. ¿Quién

me consolará? ¿Quién suplirá su falta? ¿Quién cuidará de mis hijos? ¡Infelice de mí!

TEÓFILO.—Eso es desconsolarse hasta el extremo. ¿Dices que has perdido a tu Teodora? ¡Qué engaño! No la has perdido, amigo mío, antes la has asegurado para siempre. Supuesta su virtud y contando con la piedad del Señor, ella descansa en su seno; ella ahora mismo está embriagada en unas delicias perdurables, y ella, en fin, es ya moradora de los cielos.

Tú dices que la amabas y yo lo creo; pero si la amabas ¿por qué sientes su felicidad? ¿Porque era buena? Por eso mismo debes alegrarte de que haya logrado tanta dicha, antes que desmerecerla, contaminándose con el vicio. ¿Porque murió joven? Eso debe consolarte al reflexionar que los años que dejó de vivir, los dejó también de padecer en este mundo ingrato y miserable. ¿La sientes por la azarosa causa de su muerte? Es justo: pero consuélote la memoria de su virtud y sábetete que Dios ha dicho que la muerte de los justos es preciosa ante sus ojos y que, aunque sean sorprendidos por un fin imprevisto, gozarán no obstante de un descanso eterno. Ultimamente: si la sientes por la falta que debe hacer a ti y tus hijos, yo te concederé que es muy debido tal sentimiento, como tú me concedas que quien la crió, cuidará seguramente de vosotros mejor que ella, con tal que confíes en su bondad inacabable. Esto todo es así, tú lo conoces; conque haz lugar en tu corazón a estas verdades y verás cómo se mitiga tu dolor.

Entretanto, acude ahora a lo más importante. ¿Qué has pensado acerca de darle sepultura a este cadáver,

EL DUELO

pues la gangrena es terrible y lo corrompe cada momento más y más?

MARTÍN.—¿Qué he de pensar, señor? No tengo un real y es menester mucho para conducir el cadáver al pueblo y para pagar los derechos...

TEÓFILO.—No te aflijas. Toma este reloj que es de oro y véndelo en el pueblo en lo que puedas, que bien tendrás para salir de esta aflicción. Y para que no te dilates, ensilla mi caballo y vete. Yo te espero; mas mira que no tardes, pues me importa continuar mi camino.

MARTÍN.—Señor, vos sois mi padre y mi ángel tutelar; vos sois el único mortal compasivo, y...

TEÓFILO.—Basta, Martín. Anda pronto que ya no tarda mucho en venir el día y el tiempo nos hace falta.

MARTÍN.—Pues señor, si mi prontitud os agrada, ya vuelvo.

TEÓFILO.—¡Válgame Dios, qué alegre va el pobre de Martín con el reloj y qué placer tan dulce se siente al hacer un beneficio! ¡Bien hayan los ricos que se dedican a favorecer a los miserables! ¡Bendito sea su dinero cuando se emplea en aliviar las desgracias de los hombres!

Aún tarda mucho más de lo que quiero en venir la luz del día para alegrar el mundo; las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena; los pobres chiquillos se han quedado dormidos sobre el cadáver de su madre, cuyos miasmas corrompidos ya son intolerables al olfato, y si permanecen así están en evidente riesgo de contagiarse. Los quitaré; sí, su sueño es profundo, los pondré por este otro lado y cargaré sobre mí al más pequeño.

¡Pobrecito! El suspira en medio de su sueño. Parece que conoce toda la falta que le ha de hacer su madre.

NOCHES TRISTES

¡Triste recuerdo! ¿Qué será de mis hijos? ¿Dónde estarán? ¿Si los amará la persona que haya quedado en el encargo de su cuidado? ¡Ay, amable Dorotea! ¿Qué hiciste? ¿Dónde estarás? ¿Por qué me amaste tanto, que te expusiste a perderte y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme?

Mas ¿qué habrá sido de ti: joven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado a esta hora debe ser infeliz. Si a mí, siendo hombre, me han asaltado tantos trabajos y peligros ¿cómo es posible que tú hayas quedado libre de ellos? ¡Ay Dorotea, quién supiera de ti, quién estuviera en tu compañía al lado de mis hijos! ¡Oh, suerte triste y desgraciada! ¡Oh, Providencia eterna y arreglada! Sosténme para que no me abata hasta el extremo, en situación tan lamentable, pues estos tristes objetos que me rodean parece que me pronostican aún nuevas fatalidades y que no son sino los más fieles retratos de las desgracias que amenazan a mi mujer y a mis hijos.

NOCHE CUARTA

EL CEMENTERIO

Teófilo y un sepulturero

TEÓFILO.—Cumplió Martín, en cuanto pudo, con las leyes de la gratitud. No podía hacer más que haberme sacado al camino. Ya estoy en él. La noche con sus tinieblas ennegrece la tierra; los horizontes se han cerrado y la tempestad se prepara muy aprisa. Aquí se divide el camino en tres veredas ¿cuál será la que deberé seguir para no perderme segunda vez?

No sé lo que he de hacer; mas es fuerza resolverme. Tomaré esta vereda, que es la más ancha. ¡Ay, amable Dorotea, qué de aflicciones me cuestas! Y qué bien sufridas serán por mí, como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados!... De la noche a la mañana se lloran en la más amarga orfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi mujer y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto a semejantes desventuras?

Ya la agua cae. Los relámpagos, precursores de la terrible tempestad, se multiplican con espanto, y la oscuridad de la noche me impide ver en dónde estoy. Yo me he perdido, sin duda alguna; pero pues me hallo a la boca de esta pequeña gruta, me guareceré en ella, a pesar del horror que me impone. Tal vez pasará pronto el aguacero y, con más luz, acaso encontraré

NOCHES TRISTES

el camino que deseo... La boca de la gruta es muy estrecha: apenas cabe un solo hombre. Me apearé y tendré mi caballo del ronزال...

¡El cielo me valga! Aturdido me ha dejado el rayo que acaba de dispararse de las nubes. Sin duda que ha caído no muy lejos de mí... Pero ¿qué es esto? El estallido espantó a mi caballo y ha huido, quitándome el cabestro de la mano. Ahora es peor mi situación. Solo, perdido y a pie, veo mucho más distante el logro de mis inocentes designios.

No parece sino que de cuatro noches acá se han conjurado contra mí, no solamente los hombres sino hasta los mismos elementos. Sí, yo soy el más desventurado de los mortales. ¿Qué culpa tan grande he cometido que he atraído sobre mí la maldición del cielo? La calumnia y la afrenta me persiguen; mis intereses se pierden; mi esposa huye de mí cuando parece que me busca, mis hijos se alejan de mi vista, el criado se mata y se condena delante de mis ojos. Muere una mujer a quien quise prestar algún alivio; jamás hallo el camino que deseo, el caballo me deja, la tranquilidad me falta, mi esperanza desfallece y por todas partes me rodea la sombra de la muerte.

¿Qué haré, infeliz de mí, qué haré en tan triste y deplorable estado? Los hombres me afligen y abandonan, y los cielos se empeñan en mi ruina... Pero ¿qué es lo que digo? ¿Yo soy Teófilo? ¿Yo me glorío de ser cristiano... y yo soy el que a otros he dictado los consuelos de la religión católica para remedio de sus aflicciones? Pues ¿cómo exagero las mías hasta el extremo? ¿Cómo profiero unas quejas tan agrias contra el cielo? Ah, yo me he olvidado de quién soy y he

EL CEMENTERIO

querido arrojar lejos de mí el único apoyo con que he contado siempre en medio de mis amarguras; pero ya me avergüenzo y arrepiento de mi ligereza criminal. Cubre, oh noche, con tu negro manto este descuido y esconde de mí mismo, entre tus sombras, mi cobarde abatimiento, y entonces alzaré los ojos y buscaré la firme religión que me sostiene.

¿Quién soy? ¿Quién es el hombre, para no padecer en esta vida? Y ¿qué es la vida sino un camino forzoso sembrado de espinas, por el que tiene que pasar todo el que vive? Pues si es forzoso, si nadie puede eximirse de sufrir, prudencia es resignarse en los trabajos.

Nacemos de mujer, dice Job, para vivir poco tiempo, y éste lleno de miserias. Y ¿quién fue Job que estampó esta amarga verdad? Ah, fue un hombre a quien el mismo Dios calificó por el más justo de su tiempo, y fue a quien probó con las mayores calamidades y desdichas. El perdió sus haberes, sus hijos, su salud y su opinión. La mujer que le quedó lo iba a insultar, y sus pocos amigos tan sólo iban a mofarlo en sus desdichas y a aumentar el sentimiento de sus pesares, y su resignación en ellos fue el modelo de la más cristiana conformidad. A todas horas bendecía el nombre del Señor, adoraba sus decretos en silencio, y obedecía su voluntad en medio del dolor y la amargura.

Pues si esto sufrió, si estas saludables lecciones me enseñó aquel justo ¿qué deberé hacer yo, que acaso soy el más delincuente, ante el más recto tribunal? ¿Qué deberé sufrir, y con cuánta razón no debo conformarme con los sabios decretos de la Providencia?

NOCHES TRISTES

Bien conozco, decía yo antenoche al infeliz Rodrigo, que Dios nos ama, que nada decreta ni dispone sino con dirección a nuestro bien, que mil veces permite, y no quiere, el mal que nos aflige, pues ¿por qué no hago estas reflexiones sobre mí? ¿Por qué no aprovecho estas máximas saludables?

Estoy asegurado por la fe, por esta infusión divina de la gracia, de que Dios o decreta o permite las tribulaciones que padecemos, unas veces para nuestra corrección y otras para nuestro mayor mérito y provecho. Pues bien: si los trabajos que padezco son en castigo de mis culpas, debo sufrirlos gustoso, ya porque los merezco y ya porque quien me castiga es mi Padre y me prueba su amor al corregirme. Y si me los envía para acrisolarme ¿qué mayor dicha que poder convertir la escoria en oro, y el mismo veneno en medicina? Así es que yo debo, de cualquier modo, sufrir estas infelicidades con paciencia.

A más de que la vida del hombre es una guerra continuada, y para salir victorioso de la guerra es muy preciso el esfuerzo en el soldado. Es verdad que no siempre está en nuestra mano el conseguir este esfuerzo. Nuestra naturaleza es muy débil y nuestro corazón muy pequeño: poco peso nos rinde, cualquier violencia nos avasalla y abate; pero sí está en nuestra mano el suplicar al cielo que nos imparta este esfuerzo y que avalore nuestro espíritu desmayado. Así lo debo hacer. Los trabajos que paso no son comunes; mis penas ya me son insufribles y mi alma desfallece a cada paso.

Sin embargo, yo quiero resistir a la violencia de mis pasiones, quiero conformarme con los soberanos decretos y deseo para esto ser superior a mí mismo.

EL CEMENTERIO

Pues si esto deseo, si esto quiero como justo y razonable, y no me hallo con fuerzas suficientes, tú, santo cielo, anímame, fortaléceme y haz que me sean fructuosas mis desgracias.

Mas ya el aguacero ha pasado y la pálida luna envía alguna pequeña luz por entre las delgadas nubes que la cubren. Subiré por la falda de este cerro, por si descubro algún camino real o alguna choza que me proporcione un pasajero descanso en esta amarga noche...

En efecto, hacia aquella parte se oyen ladridos de perros, y al opuesto lado se ve una opaca luz, que sin duda será de alguna hacienda. Yo he de bajar...

Así es, no me he engañado. Donde ladran los perros es un pueblo. ¡Qué claras llegan aquí las voces de sus vecinos! Pero este río me embaraza pasar en él la noche. Lo más acertado será ir a la casa donde se ve la luz. Voy...

Pero ¿qué es esto? Un gran edificio es el que toco, mas no conozco su estructura. La triste luz alumbra un retablo de las ánimas; quizá el que vive aquí tendrá esta santa devoción. He llegado por fin a la puerta. Ya está vieja y por entre sus rendijas no se ve cosa que aliente mi esperanza. Totalmente ignoro qué es lo que puedan contener estas paredes. No obstante, tocaré... Un profundo silencio reina en cuantos habitan esta casa. Quizá duermen. Golpearé con esta piedra... Mas ¡qué asombro! A mi impulso se han abierto las puertas. ¡Gran descuido!

Tengo de entrar para averiguar por mí mismo qué lugar es éste que me infunde horror y respeto... Yo entro... Pero, ay, he tropezado con una calavera. No

NOCHES TRISTES

se encuentran por aquí sino los miserables restos de nuestra corruptible humanidad.

¡Válgame Dios! Este es un panteón o cementerio. La plegaria de las ánimas que tocan en el pueblo se oye aquí clara, distintamente. Todo me recuerda la frágil existencia de los hombres. ¡Memorias tristes!

¡Qué momentáneos son los días de nuestra vida! La dilatada carrera de los años pasa en un soplo y las generaciones se precipitan al sepulcro. Mis padres ya no existen; una multitud de amigos que trataba ha desaparecido de mi vista, como las imágenes del sueño. Forzoso es ofrecer mis votos a sus manes. El tiempo, la honra, el lugar, me convidan a pagar este ligero tributo a su memoria...

¡Oh lugar pavoroso y terrible!... ¿Entraré más adentro? ¿Y por qué no? Por ventura ¿algún día no he de ser morador de estos recintos opacos? Yo entro... Mas ¡oh, qué horror sobrecoge mi espíritu en este santo lugar de la quietud! El pelo se me eriza... El rumor de las hojas de los funestos cipreses me aturde y desanima; mis pasos vacilantes sobre la floja tierra de los sepulcros parece van a hundir en la huesa mi máquina desfallecida... Parece que miro levantarse de sus reposos los venerables cuerpos de los muertos que aquí yacen y que, moviéndose en derredor de mí, me reprenden la ligereza de haber profanado el lugar destinado a sus cenizas... Un rumor frío discurre por las venas, y la barba no está fija debajo de mis labios... Yo me vuelvo.

Pero ¿qué me sorprende? ¿Qué añade nuevo miedo a mi pavor? ¿Es acaso el canto triste de la melancólica lechuza o el clamor de las campanas, que con su ple-

EL CEMENTERIO

garia me traen a la memoria la espantosa pero cierta idea de los espíritus de mis hermanos, que, separados de esta masa corruptible, exigen mis oraciones y momentos para cooperar a la satisfacción de sus defectos?

Si esto es así, lejos de amedrentarme, debe reanimar mi alma, debilitada por las primeras impresiones del horror y la preocupación, para entrar en este santo lugar como al asilo de la paz, como a la casa de mis mejores amigos...

En efecto, yo afirmo mi pie débil, me sostengo, me esfuerzo y me siento junto de este sombrío ciprés a vencer la repugnancia que tengo de estar en este triste lugar, considerando que es ocioso desentenderme de la muerte, ni temerla, cuando ella va dentro de mí y me acompaña a todas partes.

Sí, aquí pasaré la noche y haré sufragios por las ánimas de los que yacen en estas bóvedas lúgubres, acordándome que en las sagradas letras se lee que es santo y saludable orar por los difuntos, para que sean absueltos de sus culpas, y de que Judas Macabeo, penetrado de esta verdad, envió a Jerusalén doce mil dracmas de plata para que se ofreciesen sacrificios por los pecados de los muertos.

Pero ¿qué es esto? ¿Qué ruido escucho hacia mi derecha?... ¡Ah, qué susto! La pared de aquel sepulcro se abre por sí sola, y a merced de los opacos rayos de la luna veo salir de su oscuro centro un cadáver... ¿Si me engañaré? ¿Si será ésta una ilusión de mi triste y desordenada fantasía? ¡Ah, no! Yo estoy en mí perfectamente. El bulto se dirige hacia mí con precipitación. Quisiera huir; pero mis coyunturas están laxas.

NOCHES TRISTES

El terror y el espanto sobrecogen mi corazón. El bulto se detiene a mi presencia.

Mas ¿qué es esto? Un hombre vivo es el que yo juzgaba cadáver. Ya expiro. Ha sacado tabaco de la bolsa y lo enciende en el pedernal y la yesca. El pobre no me ha visto, ni puede saber si estoy en este sitio. Es regular que al verme de repente se sorprenda, creyéndome difunto, y puede ser se asuste de manera que no baste su vida a resistirlo. Le hablaré... Amigo...

SEPULTURERO.—¿Quién es?... ¡Ah!

TEÓFILO.—Yo, no temas; no soy ningún cadáver. Soy un pobre caminante perdido; que me he entrado aquí para pasar la noche. Acércate.

SEPULTURERO.—¿Pues cómo... quién... por dónde?...

TEÓFILO.—Vaya, depón tu turbación, amigo; reconóceme.

SEPULTURERO.—¿No sois muerto, fantasma o cosa mala?

TEÓFILO.—No, amigo, hartamente malo soy; mas aún respiro el aire de los vivos. Ya te he dicho del modo que entré aquí. Dime tú ahora quién eres y qué haces a estas horas en este espantoso lugar.

SEPULTURERO.—Señor, yo me llamo Alfonso; soy el sepulturero que cuida este cementerio y vine esta noche a cierta diligencia, que no puedo hacerla por el día.

TEÓFILO.—Cierto, que me asustó tu presencia demasiado.

SEPULTURERO.—Y a mí la vuestra, pues aunque estoy acostumbrado a manosear los muertos, no estoy hecho a que ninguno me hable.

TEÓFILO.—Bien, pero ¿que tan precisa es la diligencia a que veniste?

SEPULTURERO.—Yo os lo dijera; pero tengo miedo de que mañana lo contéis por el pueblo, en cuyo caso el

EL CEMENTERIO

menor mal que se me seguirá será el perder mi acomodo para siempre.

TEÓFILO.—No temas que yo jamás descubra lo que tú me fíes en secreto, y mucho menos cuando me adviertes que de la infracción del sigilo puede seguirse algún daño. No permita el cielo que por mi causa se le origine mal a algún hombre.

SEPULTURERO.—Según eso, vos sois hombre de bien y sabéis lo que es un secreto y a cuánto obliga.

TEÓFILO.—Sí lo sé, y en prueba de que lo sé, ya no exijo que me refieras el motivo de tu venida al cementerio. Basta que tú lo sepas, sea cual fuere. No quiero que me reveles tu secreto. Guárdalo en tu pecho, para que así me trates sin la sospecha de que te llegue a descubrir.

SEPULTURERO.—Oh, yo conozco muy bien con eso que decís que jamás descubriréis lo que se os confíe. ¡Grande cosa es saber guardar un secreto! Ahora sí me quiero fiar de vos. Sabed...

TEÓFILO.—Te he dicho que no quiero saber nada, ni me importa el indagar las intenciones que te han traído aquí. Sólo te suplico que, por caridad, si no tienes cosa que lo impida, me hospedes en tu casa por esta noche.

SEPULTURERO.—Lo haré de buena gana; pero os suplico yo también que me ayudéis a lo que vengo a hacer. Ello es cosa fácil, y en un instante acabaremos la obra.

TEÓFILO.—Bien. Ya puedes disponer de mi persona y decirme en qué puedo serte útil.

SEPULTURERO.—Pues habéis de saber, señor, que esta mañana sepulté una muerta que tiene buena ropa. Luego que la vi le eché el ojo, como lo tengo de costumbre;

porque, a la verdad, la necesito, y para desnudarla me vine aquí esta noche; pero apenas había cavado la sepultura, cuando comenzó a llover, como habéis visto. Entonces arrimé aquí junto de vos mi pala y mi azadón, y me metí dentro de aquella bóveda, de donde me visteis salir, para resguardarme de la agua; pero por mis pecados me quedé dormido y ya pienso que no tardará en amanecer, y no sólo siento el tiempo que he perdido, sino que ya había sacado alguna tierra, y es regular que haya calado la agua y haya empapado la ropa de la muerta, y si no se saca pronto y se lava, se pudrirá y se perderá todo el trabajo. Por eso os ruego que me ayudéis un rato, y yo os prometo que os llevaré a descansar a mi casa de buena gana. Sólo quiero me alumbréis mientras trabajo. Aquí traigo una vela de cera para el efecto.

TEÓFILO.—Alfonso, yo estimo la sencilla revelación de tu secreto y te doy las debidas gracias por el hospedaje que me ofreces; pero no quisiera que insistieras en llevar al cabo tu intención.

SEPULTURERO.—No tengáis miedo: nada nos ha de suceder. Es cosa de un momento.

TEÓFILO.—No tengo miedo; pero no quisiera que cometieras tal atentado, pues lo es el exhumar un cadáver para desnudarlo. Los cuerpos muertos no pueden hacernos ningún mal, mas exigen nuestro respeto para que no los profanemos, porque ignoramos la suerte que habrá cabido a sus espíritus.

SEPULTURERO.—Yo no entiendo de eso, ni lo hago por hacer mal a los muertos, sino por socorrer la mucha miseria de mi familia. ¿Pensáis, señor, que si mi estado fuera menos miserable, había yo de ocuparme en un

EL CEMENTERIO

oficio tan sucio y espantoso? ¿Os parece un trabajo muy fácil y llevadero tratar todo el día con cadáveres, lodo, podre, gusanos y hediondez?

TEÓFILO.—En verdad conozco que sólo una necesidad muy estrecha puede reducir a ejercitarse en un trabajo tan asqueroso y repugnante; pero ya que te has sujetado a él, debes cumplir en todo con tus obligaciones, absteniéndote de cuanto no te es lícito y contentándote con tu salario, que a fe que no será tan escaso que deje de proporcionar tu subsistencia.

SEPULTURERO.—A fe que sí es escaso, y muy escaso. Apenas alcanzo para mal comer y por eso me ayudo de este modo. A la hora de ésta mi mujer y dos hijas que tengo están durmiendo en un jergón, y tapadas las tres con un petate, y están tan desnudas que no pueden ponerse delante de las gentes. ¿Qué os parece?

TEÓFILO.—Tu miseria oprime mi corazón. Quisiera estar en lugar y ocasión de socorrerte.

SEPULTURERO.—Pues ya veis cómo tengo razón de desnudar a los muertos que me caen trataditos, que en estos tiempos son muy caros. Los más vienen con la mortaja pegada al hueso; antes esta muerta de hoy ha sido una fortuna. Gracias a que es forastera y nadie la conoce por aquí; con esto no hubo quien le comprara mortaja y fue preciso que la enterraran con su ropa, que no está mala; pero si al cabo se la ha de pudrir la tierra, mejor será que sirva a mi familia.

TEÓFILO.—Tu necesidad extrema y tu sencillez acaso podrán disculpar tu atrevimiento. ¿Conque esa muerta es forastera y nadie la conoce en este pueblo?

SEPULTURERO.—No, señor, nadie la conoce.

NOCHES TRISTES

TEÓFILO.—Pues ¿cómo está decente y murió tan pobre que no tuvo para mortaja?

SEPULTURERO.—Porque no murió en su tierra ni en su cama.

TEÓFILO.—¿Pues cómo?

SEPULTURERO.—Unos ladrones la mataron por robarla, aunque no lo pudieron conseguir.

TEÓFILO.—¡Pobrecita! ¿Y dónde?

SEPULTURERO.—En el camino real, en esta misma madrugada.

TEÓFILO.—¿Es posible?

SEPULTURERO.—Sí, señor.

TEÓFILO.—¿Y sería ya mujer vieja, no es esto?

SEPULTURERO.—Nada menos; era una moza como de veinte años, y buena moza.

TEÓFILO.—¡Qué desgraciada! Ya deseo conocerla.

SEPULTURERO.—Qué ¿os interesa?...

TEÓFILO.—¡Ay, Alfonso! Siento dentro de mí un no sé qué, que me está impeliendo a conocer a esa desventurada joven. ¿Y cuál era su traje?

SEPULTURERO.—Un túnico de indianilla morada, zapatos blancos de seda, un pañuelo bordado y...

TEÓFILO.—Basta, amigo, basta. Esas señas convienen mucho a la mujer que más amo... Anda, ven, escarremos, date prisa...

SEPULTURERO.—¿Cómo es esto? ¿Tan pronto habéis variado de pensamiento? No ha un credo que me reprendisteis mi determinación de desnudarla, y ahora vos mismo me dais prisa a desenterrarla.

TEÓFILO.—Sí, Alfonso, sí... Estoy ansioso por conocer esa hermosa desgraciada.

SEPULTURERO.—¿Qué os importa?

EL CEMENTERIO

TEÓFILO.—Mucho, mucho. Anda, vamos. Encenderé la vela.

SEPULTURERO.—Yo escucho a este hombre con espanto. El se ha asustado y apenas articula las palabras...

TEÓFILO.—Ya está aquí la luz. Anda, amigo: vamos, toma el azadón, date prisa.

SEPULTURERO.—Vuestro empeño me confunde. ¿Sois vos acaso su asesino? ¿La matasteis por celos?...

TEÓFILO.—¡Ay de mí! Soy su asesino... no sé... porque yo... el corazón no me cabe en el pecho... Dime ¿quién la mató? ¿Cómo se llama? ¿De dónde es?

SEPULTURERO.—Basta señor, nada sé yo de cuanto preguntáis.

TEÓFILO.—¿Se confesó o murió en el instante?

SEPULTURERO.—No, señor, sobrevivió tres horas y murió muy cristianamente. A todos enterneció su muerte, y al señor cura...

TEÓFILO.—Cava, cava, date prisa, anda...

SEPULTURERO.—¿Pero por qué me apresuráis con tanto extremo?

TEÓFILO.—Porque deseo apurar de una vez toda mi pena, si es lo que yo presumo... Acaso no será; mas tantas señales juntas ¿a quién podrán convenir sino a mi esposa?...

SEPULTURERO.—Pues qué ¿es vuestra esposa?

TEÓFILO.—No sé. Cava aprisa, Alfonso, por tu vida.

SEPULTURERO.—Ella, sí, desde luego era casada. ¡Pobrecita!

TEÓFILO.—¿De qué lo infieres?

SEPULTURERO.—De que antes de morir, sólo decía, de cuando en cuando: "¡Ay, esposo! ¡Ay, dulces hijos míos! ¿En dónde estáis?..."

NOCHES TRISTES

TEÓFILO.—Calla, Alfonso. Deja, deja el azadón, instrumento fatal de mi martirio. Cubre ese amable cuerpo con la tierra; no profanemos el sagrado del sepulcro. Vámonos.

SEPULTURERO.—¿Ya no escarbo?

TEÓFILO.—Sí, anda... date prisa, muera yo de una vez abrazado del cadáver de esa mujer amable.

SEPULTURERO.—Estáis trémulo y descolorido. Las lágrimas os corren hilo a hilo. ¿Qué he de hacer?

TEÓFILO.—Vámonos.

SEPULTURERO.—Vámonos; pero ya está el cadáver descubierto. Dadme vuestro pañuelo, le limpiaré la cara... ¡Ah! pero no, vámonos, habéis dicho.

TEÓFILO.—No, amigo: toma, toma el pañuelo. Saca el cadáver.

SEPULTURERO.—¿Qué pretendéis hacer?

TEÓFILO.—Sólo verlo. ¡Oh, si fuera tanta mi ventura que no fuera de mi querida Dorotea!

SEPULTURERO.—Ya tengo la muerta en mis brazos...

TEÓFILO.—¡Qué miro! ¡Ay, triste!... Ella es... ¡Válgame el cielo!...

Era sensible Teófilo, y no pudiendo resistir cayó al suelo rendido a tan funesto golpe.

El sencillo Alfonso no se preocupó; antes con la mayor violencia volvió a sepultar el cadáver y cargó con el triste Teófilo, al que condujo a su casa poco antes que amaneciera.

Pero cuando creyó hallar a su pobre e inocente familia sepultada en el sueño más tranquilo, encontró a su mujer e hijas muy afanadas en hacer chocolate para unos señores

que se habían hospedado en su casa la noche anterior y estaban ya para continuar su caminata para México.

Alfonso, apenas se informó de esta ocurrencia, cuando sin perder momento corrió a echar sobre su pobre jergón al miserable enfermo, que aún no volvía de su desmayo.

Entonces el sepulturero y su mujer trataban de volver en sí al desgraciado Teófilo, mientras las hijas se ocupaban en dar el desayuno a los pasajeros.

Alfonso se afligía demasiado porque los auxilios que ministraba al desmayado eran muy mezquinos e inútiles para restituirlo a sus sentidos. Las buenas hijas del sepulturero, que habían notado el caritativo e infructuoso empeño de sus padres, lo participaron a una señora que viajaba, la cual, penetrada de la natural compasión que inspiran estas desgracias a las almas sensibles, apenas se impuso del motivo de la aflicción de sus hospedadores, cuando sacó de su bolsillo un pomito con espíritu de cuerno de ciervo y salió con él apresurada para socorrer al aventurero enfermo.

Pero ¿cuál fue la sorpresa del sepulturero y su familia luego que vieron que apenas llegó la señorita a la cama y reconoció al enfermo, cuando prorrumpiendo en un lastimero ¡ay! se arrojó sobre él y quedó sin vida al parecer?

A su grito, salió precipitadamente de la pieza inmediata un anciano eclesiástico, que manifestaba estar enfermo, según la dificultad con que andaba, aun apoyado en los brazos de un criado que lo conducía.

Este padre clérigo, luego que vio aquel triste espectáculo, mostró su sentimiento con las lágrimas en los ojos; pero en medio de su consternación acudió a socorrer a los pacientes, haciéndoles inspirar los espíritus, con cuyo auxilio

NOCHES TRISTES

volvió en sí la señora y, a pocos minutos, el desmayado Teófilo, quien luego que se vio en los brazos de aquella dama quiso huir. Mas ella no lo consintió, pues abalanzándose a su cuello y empapándole la cara con sus lágrimas le decía: "¿Es posible, querido Teófilo, que apenas logro la inesperada dicha de encontrarte, cuando quieres desasisterte de mis brazos? ¿Qué es esto? ¿No me conoces? Tu esposa soy, tu fiel y amante Dorotea, la que por buscarte abandonó su quietud, su casa y sus hijos..."

Aquí Teófilo la interrumpió estrechándola con su pecho y diciéndola: "Discúlpame, querida Dorotea; ya te conozco, sé quién eres y quién has sido para conmigo. Tú eres la mitad de mi alma; pero yo vi exhumar una semejanza tuya muy poco hace, te juzgué difunta con la mayor evidencia, y este temor me dictaba huir de tus brazos. Mas ahora que te toco y te tengo en los míos, me doy los plácemes por mi equivocación y por haber tenido la ventura de encontrarte, cuando había perdido del todo hasta las más remotas esperanzas. Pero dime ¿cómo es esto? ¿Con quién vienes? ¿A dónde vas, y por qué razón te hallo en esta casilla miserable?"

A esto satisfizo Dorotea diciendo cómo aquel buen eclesiástico la había hospedado en su hacienda el día anterior, y advirtiéndole que apenas comía y que no cesaba de humedecer con sus lágrimas el escaso alimento que tomaba, le instó mucho le contara el motivo de su viaje desprevisto y de su continua tristeza, ofreciendo remediarla en cuanto pudiera; que ella le refirió en breve sus desventuras y él, con el mayor interés, comenzó a informarse de quién era, cómo se llamaba, cuál era su patria, quiénes sus padres, y de otras mil menudencias, por todas las cuales vino en conocimiento de que Dorotea era su sobrina, y entonces,

EL CEMENTERIO

levantándose de la mesa, la abrazó con la mayor ternura y le ofreció su protección; y que debiendo partir en la tarde del día mismo para la capital, a donde pensaba restablecer su salud, despachó varios correos exploradores por los caminos, con la filiación de Teófilo, para que lo conocieran y condujeran a México, y ellos inmediatamente salieron y habiéndoles anochecido cerca de aquel pueblo, descansaron en él en la primera casucha, que era del sepulturero Alfonso, quien le había completado su ventura llevándole a su querido Teófilo.

Aquí calló Dorotea, y tomando el eclesiástico la palabra, dijo: "Es verdad, hija mía, que tu mayor ventura ha sido el hallar a tu esposo cuando menos lo esperabas; pero yo, prendado de vuestro cristiano proceder, estimulado de la caridad y el parentesco, y ya a las orillas del sepulcro, quiero añadir algo que falta a vuestra felicidad temporal, haciéndoos, como os hago desde ahora, únicos herederos de todos mis bienes, contentándome sólo con vivir en vuestra compañía los pocos días que tengo de existir en este mundo."

Un rasgo tan notable de generosidad no pudo menos que arrancar muchas lágrimas de gratitud a Teófilo y su esposa, quienes la quisieron manifestar arrojándose a los pies de su virtuoso bienhechor; pero éste no lo permitió, antes, levantándolos a sus brazos, les dijo: "Cuando la razón natural no nos dictara lo justo, que es hacer bien a nuestros semejantes; cuando la caridad con Dios y con el prójimo no fuera el mayor de los preceptos y tan recomendado por Jesucristo, como que en él consiste todo el cumplimiento de la ley, y, por último, cuando el mismo Señor no nos hubiera prometido tantas veces tener misericordia con los misericordiosos y retribuirnos con el ciento

por uno el favor que hagamos a los infelices, bastaría, por suficiente premio y recompensa de una acción benéfica, la dulce satisfacción que queda en el corazón del hombre sensible en el instante que favorece y socorre a un desgraciado. Satisfacción tierna que no conoce sino el que la experimenta por sí mismo, y placer dulce que no goza el avaro miserable que vincula toda su felicidad en el dinero. ¡Bello metal cuando se emplea en socorrer al desgraciado! Pero maldito cuando se destina a fomentar el lujo y las pasiones.

”No por esto quiero decir que sólo los ricos pueden ser benéficos. Es menester distinguir que una cosa es ser benéfico y otra es hacer obras grandes y repetidas de beneficencia. Para hacer éstas, es menester dinero; para ser benéfico basta tener un corazón sensible y generoso, el que cabe muy bien y cada rato se halla en los pobres. No todo el que hace una acción de beneficencia es benéfico, así como no todo el que hace una obra de virtud es virtuoso. Por el contrario: todo el que desea hacer bien y se compadece del mal de sus semejantes, es benéfico, aunque no pueda realizar sus intenciones. El socorro, por corto que sea, y el buen deseo de hacer bien, es grato a Dios y bien recibido entre los hombres.

”Fuera de que hay acciones de beneficencia que se pueden hacer sin dinero. Tales son los buenos consejos, los consejos espirituales y temporales, la remisión de las injurias y, últimamente, toda obra buena hecha en favor de nuestros semejantes, aunque sea dar un vaso de agua o quitar del paso una cáscara de fruta, porque otro no se tropiece y caiga.

”Pero ¿qué tengo que afanarme, queridos sobrinos, para explicaros estas verdades, cuando os acaba de dar un

EL CEMENTERIO

testimonio de ellas el triste Alfonso y su miserable familia? El es un desdichado, un pobre, un humilde sepulture-ro; y, sin embargo, tiene un corazón benéfico. ¿Lo habéis visto, Teófilo? El os trajo sobre sus hombros desde el cementerio, os dio reposo en su pobre cama, dedicó a vuestro alivio a su familia y ejercitó con vos todos los oficios de la más caritativa hospitalidad. Todo esto lo hizo sin dinero, y así cumplió con los deberes de hombre y de cristiano, y manifestó tener un corazón sensible y bondadoso, sin haber gastado un real, porque no lo tiene. La acción que él ha hecho, acaso es más generosa que la mía.

"Yo, es cierto que con la voluntaria cesión de mis bienes, os arranco de las garras de la pobreza; pero esto en mi edad y en mi situación, acaso es un hecho de obligación y de prudencia. De obligación, porque sois mis deudos y, como tales, os debo socorrer con preferencia, y Alfonso obró sin esta obligación sino sólo por efecto de una compasión.

"Es también efecto de prudencia, porque yo ya estoy viejo y enfermo, y me es de un gran consuelo desprenderme en la vida de aquellos bienes que me ha de quitar la muerte. Y ¿qué mayor gusto puedo tener que ver felicitada una familia virtuosa por mi mano, y distribuidos mis bienes tan dignamente, sin necesidad de valirme de albaceas codiciosos y ladrones, que no cumplieran mi voluntad y se engrosaran contra mis buenos deseos, con daño de sus almas e irresarcible perjuicio de aquellos a quienes yo quisiera beneficiar en mi muerte?

"No digo esto por vanidad, sino para enseñaros que las mejores caridades o actos benéficos son los que se hacen en vida y a sangre fría; porque a la verdad, yo des-

confío mucho de aquellas limosnas que se hacen con el Santo Cristo en la mano y el camilo a la cabecera. No tengo escrúpulo en pensar que estas limosnas (para rebajar la generalidad) las más de ellas son a fuerza, a más no poder, y porque no pueden llevarse su dinero.

"Ello es cosa que debe escandalizar entre cristianos, que ricos sobrados de pesos, sin familias ni herederos forzosos, no den un real en su vida, y a la hora de su muerte se manifiesten tan francos y generosos que repartan sus caudales entre doncellas y viudas.

"Yo no entiendo cómo el que ha sido un mezquino eterno, mientras vive, de repente se vuelva tan liberal en el instante de su muerte. Para desatar este enigma, no tengo más arbitrio que persuadirme a que tales limosnas son violentas, a más no poder, instigadas por los confesores y como unos recursos tontos con que piensan comprar de Dios, en la muerte, la misericordia que no supieron usar con los pobres en la vida.

"Quizá no será así; pero mi razón, los principios sólidos que tengo de la religión que profeso, y la experiencia no me persuaden otra cosa. He conocido muchos ricos avaros y miserables en vida, y franquísimos en su muerte; y he visto algunos testamentos otorgados en favor de los pobres, y habiendo sus otorgantes escapado de aquella enfermedad, los han revocado y les han dado a sus bienes muy distinto destino, sin acordarse de los pobres para nada.

"Todo esto prueba que aquella donación primera no nació de voluntad, sino de miedo.

"Y qué diremos de aquéllos que ni en su muerte son liberales con los pobres, sino que codiciosos adoradores de sus bienes y egoístas hasta el último instante, sólo piensan en sí mismos y se declaran herederos de su muerte, mandando que todo su caudal se emplee en el bien de sus almas. ¡Santo Dios, tú solo sabes cuál es la intención y el fruto de semejantes últimas disposiciones! Pero mientras un ángel no me revele lo contrario, yo siempre creeré que tales disposiciones son nacidas de un corazón avaro y decidido hasta la última hora a su provecho, y creeré también que las limosnas y actos benéficos que se consagran por Dios a los pobres, en la vida, son mucho más aceptos a su majestad que los que se verifican en la muerte.

"Ultimamente, hijos míos, yo deseo que mi discurso os sea útil, así como os ha sido prolijo. Yo deseo que seais benéficos en cualquiera suerte. Dueños sois de cuanto tengo. Dorotea, tú tienes las llaves de mis cofres; dispón a tu arbitrio y socorre con caridad y prudencia a los que han socorrido a tu marido."

Dorotea, penetrada del discurso que acababa de oír, abrió los baúles y dio cien pesos a Alfonso, quien lleno de ternura le dio infinitas gracias.

Hasta entonces había callado Teófilo; pero al subir al coche, abrazó con estrechez a Alfonso y le dijo:

—Amigo mío, jamás olvidaré el favor que te he debido. Acuérdate siempre de que tras la desgracia viene la dicha. No hagas mal a nadie; haz siempre el bien que puedas y vive seguro en que la altísima y sabia Providencia vela sobre ti y todo lo dispone a tu bien.

DIA ALEGRE

Y DIGNAMENTE APROVECHADO

El cura, Teófilo y Dorotea

Venit post multos una serena dies.

TIBULO: Lib. III, Elegía 6.

CURA.—¡Qué bellos amanecen los días para los que reposan en la tranquilidad de sus conciencias! Después de las amargas noches que habéis pasado ¿no os parece, queridos, este día brillante, nuevo y del todo apacible a vuestros ojos? ¿No os embelesa la venida de la aurora? Ved cómo se pintan los horizontes con su rojo iluminado y cómo toda la naturaleza se alegra al esperar al padre de las luces. Disipadas las tinieblas de la noche, el campo se viste del más hermoso verde y todos los colores vuelan para matizar el alhelí, la anémona, el clavel, la rosa y el jazmín. Los árboles robustos, las tiernas plantas y las pintadas flores extienden sus ramas y abren sus más ocultos cálices para absorber el rocío sutil que se desgaja de la atmósfera. El suave canario, el jilguero dulce, el melodioso cenizorro, la calandria alegre y el ejército volante de las aves se levantan de sus calientes nidos, sacuden sus vistosos ropajes y entonan con dulcísimos trinos mil himnos de gloria y alabanza al Autor de la Naturaleza. El activo labrador unce los bueyes y parte a las sementeras a ganar el pan con el sudor de su rostro; pero un pan

bendito y que le produce la madre tierra, en premio de los afanes con que la cultiva; por eso él va tan alegre, y engolosinado con esta inocente esperanza alivia su trabajo cantando rústicas tonadillas.

Pero ya sale el astro luminoso... Ved, hijos míos, con cuánta majestad asciende el sol sobre las cimas de aquellas montañas elevadas. El parece ahora un inmenso globo de fuego destructor; pero a pocos minutos esconde sus lumbres dentro de sus mismos resplandores, que corren a dorar los montes más lejanos, a fecundizar el interior de la tierra, a subir los jugos nutricios por los tubos capilares de las plantas, a sazonar las frutas en agraz, a vivificar al hombre y al bruto, y a derramar la alegría por toda la mitad de nuestro mundo.

Luego que el augusto monarca de la luz, en su carro de fuego, se comienza a pasear por las esferas celestiales, la naturaleza renace por instantes en sí misma; todos los seres criados se alegran, se ríen a su presencia; sólo la lechuza sombría y el hombre delincuente esconden sus tímidas cabezas. Aquélla teme que hieran sus hundidas pupilas los rayos resplandecientes del sol, y éste que descubran sus escondidos crímenes.

El necio y el impío se levantan de entre los horrores de la noche y disfrutan los placeres del día, con la más absurda y sacrílega indiferencia. El necio ve el hermoso cuadro de la naturaleza, iluminado con los bellos colores de la luz, recibe las influencias del sol, respira la fragancia de las flores, gusta los frutos de la tierra y se inunda en las delicias del día; pero ¡miserable! nada le admira ni sorprende, porque no percibe ni el aparato, ni el mecanismo admirable, que brilla en todas las obras del Criador. El ve con los ojos,

oye con los oídos y goza con los sentidos materiales los beneficios de la naturaleza, en compañía del sabio, así como el torpe jumento, que bebe agua en el mismo arroyo que el caballo ligero y generoso. El ve salir el sol y no le admira, ni agradece que el Criador haga saltar sobre los cielos esa lucida antorcha, para disipar los horrores de la espantosa noche. Goza el beneficio de su luz, como si se le debiera de justicia y como si pagara un criado que le alumbrara con una hacha.

El impío, por más filósofo que sea y por más que atrevido se detenga a investigar cómo se hace el nutrimento de las plantas, cómo refractan los rayos de la luz para colorar las rosas de este o del otro modo, cómo camina el sol tantas millas por hora y cómo obra la naturaleza, a quien quiere, o presume analizar soberbio y orgulloso ¿qué hace sino arrastrarse sobre el polvo con la mayor ingratitud? Pues embebido en la contemplación de las criaturas se anega en los deleites que éstas le proporcionan, sin dedicar siquiera cada día un acto de sumisión y de reconocimiento a su Criador.

No así el verdadero sabio, ni el hombre timorato y religioso. Estos se levantan a la venida del día, admiran la belleza del sol, registran embelesados los primores de la naturaleza y gozan en deliciosa paz sus beneficios; pero como al mismo tiempo no la reconocen una deidad independiente, sino una ministra del Supremo Ser que por su conducto los dispensa, se llenan de gratitud sus corazones, y prosternándose ante el solio de la majestad, cosiendo la cara con la tierra, elevan su espíritu al Criador y hacen que vuelen a la dorada peana de su trono mil y mil himnos de sumisión, de agradecimiento y respeto.

¿Para quién, Señor, para quién criaste, dicen, este globo de fuego, que pende sobre nuestras cabezas y cuyas benéficas influencias vivifican los seres animados, hacen germinar las plantas, pintan sus flores y sazonan sus frutos? ¿Para quién liquidaste los diáfanos cristales, que se despeñan ruidosamente de las cascadas o corren suaves por ríos caudalosos? ¿Para quién embalsamas la atmósfera con tantos aromas delicados? ¿Para quién endulzas las frutas con diversos y saludables sabores? ¿Y para quién, en fin, derramas tantos beneficios sobre la tierra sino para el hombre, en quien has puesto tus delicias? ¡Ah, Dios grande, Dios liberal, Dios bueno! ¿Quién es el hombre? ¿Quiénes somos para que nos colmes de beneficios y para que así nos cuides y engrandezcas? ¿Somos, acaso, más que un poco de polvo, animado con tu soplo divino? ¿En el conocimiento de tus perfecciones infinitas, en la soberana posesión de tu divina esencia, no consiste tu majestad y gloria? Antes de que hubiera siglos ¿necesitaste del hombre ni de ninguna criatura, átomos desprendidos de tu poder inmenso? No: el infinito estaba lleno de tu gloria, porque estaba lleno de Ti mismo. Tú eres mi Dios, confesaba el real profeta, Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes; en tu misma independencia consiste todo el poder de tu grandeza, porque todo depende del Criador y no necesita de sus criaturas. Tú sacaste los seres de la nada, sólo porque participaran de tus bondades, y porque el ser comunicable a ellos es efecto necesario de tu esencia. Tú enciendes el firmamento, vistes la tierra de verdor y alegría, y llenas toda la naturaleza de virtud, para utilidad y recreo del hombre, que es tu criatura predilecta.

Pues si tantos beneficios debemos sólo a tu bondad y liberalidad infinita ¿quién será el ingrato que no los reconozca y agradezca? Aniquílese, sí, perezca la memoria de tal monstruo; desplómense sobre su cabeza esas bóvedas azules, y la tierra, abierta debajo sus pies, prepárele en el abismo un sepulcro eterno y espantoso; mientras los ángeles en los cielos, las aves en los aires, los hombres en la tierra y toda la naturaleza se multiplica en lenguas para entonar salmos de alabanza.

¿No os parece, queridos hijos míos, que de este modo se explicarán el sabio y el católico verdadero?

TEÓFILO.—Sin duda que de semejante modo se expresarán con Dios todos los que contemplen admirados sus maravillas, que resplandecen en las obras de sus manos, y cuantos llenos de gratitud reconozcan que no merece el hombre los beneficios que con tanta liberalidad derrama sobre él sin cesar el Ser Supremo.

Apenas se puede creer que haya impíos que se bañen con estos beneficios sin dar gracias a su Criador por ellos, sino que los reciban como si se les debiera de justicia.

CURA.—Es verdad; pero fuera menos creíble, a no verse, que haya vomitado el infierno sobre la haz de la tierra una clase de hombres tan necios, impíos e ingratos, que por no adorar la mano bienhechora de una deidad suprema, le niegan la existencia, atribuyendo a un acaso imaginario la creación y el orden admirable de la naturaleza. Tales son los ateístas.

TEÓFILO.—Para éstos, señor cura, me parece que se debían aumentar, en donde los haya, hospitales de dementes, porque si no mienten como lo creo, si no fingen creer que no hay un Ser Supremo dentro y

fuera de la naturaleza, por acallar los terribles gritos de sus conciencias que ante ellos mismos los acusan y los espantan con la formidable idea de una eternidad de penas que les prepara su desenfrenado libertinaje, y si efectivamente con el entendimiento abrazan lo que aseguran con la boca, a la verdad que no hay locos más ridículos ni más dignos de compasión.

Ningún efecto se puede concebir sin causa, ningún movimiento sin impulso, ninguna criatura sin Criador. Sólo el ateísta descansa en estas imposibles paradojas.

CURA.—Así es, hijo mío. Estos infelices se deben acusar ante la misma naturaleza, y cualquier gusanillo que se arrastra es un sapientísimo doctor bastante para convencerlos de su locura.

Pero aún hay otros peores que éstos y que agravan más al Dios de las bondades...

TEÓFILO.—¿Peores que los que le niegan la existencia?

CURA.—Sí, peores. ¿Sabes quiénes? Los cristianos irreligiosos. Aquellos que sin ser ateístas, ni profesar ninguna secta extranjera de la Iglesia católica, las profesan todas, menos la religión de Jesucristo, de que se llaman miembros.

Estos son unos católicos exteriores, unos creyentes de teatro y, en realidad, unos materialistas infelices, cuyos errores tal vez ellos mismos no conocen. Yo no afligiré los piadosos oídos de mi Dorotea con su pintura. Tú bien sabes que hay esta clase de cristianos que te digo y que me parece que Dios tolera, o para ejercicio de los buenos o para que resplandezcan sus misericordias en el último día de los siglos.

Vuelvo a decirte, querida Dorotea, que no haré una pintura exacta de estos entes desgraciados por no

mortificar tu corazón; pero te enseñaré a distinguir al mal cristiano del relajado e irreligioso. El primero es un pecador, pero un pecador miserable. El delinque por satisfacer sus pasiones, no por ultrajar a su Criador, a quien teme y respeta en el fondo de su corazón y en medio de su mismo desenfreno. El temblor lo asusta, el estallido del rayo lo sofoca, la noticia de la muerte repentina lo entristece, la presencia del adorable Sacramento del altar lo humilla, el templo augusto lo entenece, la protección de los santos lo anima y, en dos palabras, su corazón está en un equilibrio entre Dios y el mundo, aunque más inclinado a éste que a Dios. . . ¡Terrible estado! Si la muerte lo asalta en él, sin darle una verdadera reconciliación, es de fe que perderá su alma para siempre; pero es un estado muy ventajoso, en comparación al en que se halla el cristiano impío e irreligioso. A éste nada le falta para hereje, si no es la abjuración material del dogma o de los misterios de la Iglesia. El vive con el mayor libertinaje, sin remordimiento, sin inquietud de su conciencia; se entrega a cuantos vicios quiere, con harta paz de su corazón; pero ¿qué paz? Pésima, como la de todos estos pecadores. Ni el movimiento de la tierra, ni los truenos del cielo lo intimidan. A su lado caen montes de cadáveres; tolos los días pisa las orillas de su sepulcro; de un riesgo sale y se presenta en otro, como si nada tuviese que esperar; las espantosas ideas de Dios, muerte, eternidad y pena, las desecha como aprensiones tétricas e importunas. Cree en un Dios justiciero, pero juzga que no le alcanzará su justicia; asiste a los templos, mira los santos, se santigua y dobla una rodilla al Sacramento, por cumplir con el ceremonial de

NOCHES TRISTES

los fieles; pero sin sentir en su espíritu el más ligero movimiento de temor y respeto a la religión que tan descaradamente vulnera; últimamente, en el fondo de su corazón se explican estos impíos en el idioma que nos dice el Señor, y es éste: "Nuestra vida no es más que un fuego; nuestra existencia, corta y sujeta a las molestias, sin que haya reposo ni felicidad más allá de su término; ningún muerto ha venido al mundo a traernos pruebas de la inmortalidad. De la nada salimos y a ella volveremos como si no hubiéramos sido; nuestro cuerpo se convertirá en ceniza y nuestro espíritu se disipará en los aires; nuestra vida pasará como una nube y se disolverá como el vapor con los rayos del sol; nuestro nombre se borrará de la memoria de los hombres y éstos no se volverán a acordar de nuestras obras. Gocemos de cuantos placeres podamos; no se pase la flor de nuestra edad; entreguémonos a las delicias y sea nuestra bebida el vino generoso; coronémonos de flores antes que se marchiten; no haya prado por donde no se pasee nuestra lujuria; dejemos donde quiera las señales de nuestra alegría... No guardemos los días de fiesta consagrados al Señor, oprimamos al pobre, no perdonemos a la viuda, ni respetemos los blancos cabellos de nuestros viejos; sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia; exterminése al justo, porque nos es inútil y opuesto a nuestras obras..." De esta manera pensaron y erraron los impíos, porque los ha cegado su malicia, dice Dios.

DOROTEA.—¡Qué triste es la condición de estos infelices!

Ay, Dios nos libre de proferir semejantes blasfemias.

CURA.—Así es, hija. Deplorable es el estado de estos impíos; pero si aquí viven tan alegres y olvidados de

DIA ALEGRE

las verdades eternas, algún día conocerán sus extravíos y confesarán que se apartaron del camino de la rectitud. Mas ¿qué día será ése? El día grande, el de las venganzas, y cuando ya no habrá remedio para reparar el daño que voluntariamente se acarrearón.

Entretenidos aquellos señores con estas conversaciones, llegaron al pueblo de San Agustín de las Cuevas y pararon en una hermosa casa de campo, propia del cura.

Luego que se apearon del coche, se entró éste con su sobrina Dorotea, dejando a Teófilo el cuidado de que descargasen las mulas y metiesen adentro los baúles y demás del equipaje.

Ya Dorotea había dicho a su tío cómo en ese pueblo había dejado a sus hijos, encomendados a una pobre señora que la acompañó y, no pudiendo seguirla, se quedó con los niños en casa de unas parientas suyas. Esta noticia no había tenido lugar de darla a su marido; el cura, aprovechando este accidente, le dijo que siguiera reservándose-la, porque quería que Teófilo recibiera de sorpresa el gusto de ver a sus hijos.

En efecto, luego que las cargas estuvieron adentro y las camas puestas, mandó el cura llevar café, chocolate y huevos, y después que hubieron almorzado, hizo que se acostara Teófilo, porque lo consideraba en necesidad de reponerse de las pasadas malas noches.

El condescendió y, como era de esperar, se quedó profundamente dormido. Entre tanto, mandó el cura a Dorotea que fuese con una criada y llevara a sus hijos a su casa, juntamente con la buena señora que la había acompañado y se había encargado de cuidarlos en su ausencia.

Todo se verificó a voluntad del piadoso eclesiástico.

Luego que vio a los niños, los abrazó, los besó tiernamente y, cuando conoció que ya era hora de comer, hizo poner la mesa y envió a Dorotea a que fuera a despertar a Teófilo con sus hijos.

Así lo hizo ésta, entró a la recámara donde dormía su esposo y, luego que los niños conocieron a su padre, corrieron a la cama y, subiéndose sobre él, entre abrazos y lágrimas lo despertaron.

Teófilo, que estaba muy distante de tener este gusto tan cercano, se levantó despavorido y, cuando se aseguró de que no soñaba, se deshacía en caricias con sus hijos, llenándolos de besos y mezclando lágrimas de placer con las de aquellos tiernos inocentes, que ya se colgaban de su cuello o ya se abalanzaban a su madre.

El cura había sido testigo de esta escena, detrás de una cortina, y queriendo participar más de cerca las delicias que inundaban el sensible corazón de Teófilo, entró adentro y, apenas éste lo vio, cuando tomando a los dos chiquillos de los brazos, corre hacia su benefactor, les hace arrodillar a sus pies y, derramando lágrimas de gratitud, les dice:

TEÓFILO.—Ved aquí a vuestro padre, queridos hijos míos...

Abrazadlo... Besad esa mano bienhechora, que a todos nos ha sacado del sepulcro... Dadle con vuestras lenguas balbucientes las más sencillas y expresivas gracias por la multitud de beneficios que nos ha hecho. Este es el hombre grande, el genio divino que os preparó la alta Providencia para que no quedaseis sumergidos en la más triste orfandad, y a mí y a vuestra madre...

CURA.—Basta, Teófilo, de ternuras y expresiones. Estos

niños no los permitiré a mis pies, cuando tienen tanto derecho a mi corazón. Son mis sobrinos, y aun cuando no lo fueran, tienen la recomendación de sus trabajos y ésta basta para que yo los ame tiernamente. Venid, hijitos, venid; abrazadme, sí, yo también soy vuestro padre y os quiero mucho. ¡Oh, y qué carneritos tan gordos y tan mansos os he de comprar en México, para que os divirtáis en la Alameda!

—¿De veras, papá? —decían los niños.

—Sí, hijos, de veras; y por ahora vamos a comer.

Salieron a la sala o comedor, y Teófilo, conociendo a la buena amiga de su esposa, la saludó y le dio los debidos agradecimientos con el extremo que el caso requería.

Sentáronse todos a la mesa y el cura en medio de los dos niños, a quienes se dedicó a cuidar con el mayor chiqueo. La dulzura de sus palabras, la generosidad de sus acciones y el esmero con que agasajaba a los niños hacían cada rato saltar las lágrimas a los ojos de Teófilo y su esposa.

Luego que acabaron de comer dieron gracias a Dios, levantaron los manteles y se fueron todos a pasar la siesta a la huerta. Teófilo se sentó bajo un fresno y se entretuvo con un libro de los pocos que llevaba su tío en el coche; los niños comenzaron a retozar alegremente. Y la señora se fue con ellos a cuidarlos. Dorotea se quedó sola con el cura, cuya ocasión previno, y cuando la pareció mejor, le dijo:

—Señor, yo estoy absorta y no sé cómo darle a usted gracias, no tanto por los favores que tan pródigamente nos ha dispensado, cuanto por el modo y cariño con que nos los hace. Ciertamente que yo he visto muy mal practicada

la caridad por muchos, que aun cuando dan algo por Dios, es tan malo, de tan mala gana, con tal modo y tales circunstancias y requisitos, que más parece que venden el favor, que no que socorren una necesidad.

"Esto es muy común en México, quizá no será así en todas partes. Desde los que tienen menos, hasta muchos de los ricos, que suelen hacer algunas caridades, tengo bien experimentado lo que le digo a usted."

CURA.—¿Pues qué has visto?

DOROTEA.—¿Cómo qué? He visto que el pan duro, los frijoles acedos y lo que no quiere comer el perro, se lo dan en muchas partes a los pobres y quedan muy satisfechos de que los han socorrido, cuando tal vez han sido causa de que los infelices se enfermen.

En otras partes tienen la santa devoción de enviar al hospital de San Lázaro la ropa y colchón del que murió de tisis, de gálico o de otra enfermedad maligna y contagiosa, y dicen que les envían aquella pestilencia a los miserables enfermos, *de caridad*. ¡Desgraciados! Harto tienen que sufrir y padecer con sus malos humores ¿aún es fuerza envenenarles más la sangre *por caridad*?

Semejantes limosnas me parecen perdidas ante Dios. ¿Cómo ha de apreciar este Señor que se les dé a sus pobres, que se dé a su Majestad misma, en la persona de aquéllos, lo que no sirve, lo que nos es gravoso y lo que no debe tener otro destino que el muladar o el fuego? ¿Qué dice usted, tío, me engañó?

CURA.—Seguramente no, hija mía; el precepto de la caridad nos obliga a amar a Dios sobre todo, y a los hombres como a nosotros mismos. Esto es de fe, no tiene duda ni admite interpretación.

Pues bien ¿cómo probaremos que amamos a los pobres como a nosotros mismos, cuando pretendemos socorrerlos con lo que nos es inútil y aun perjudicial en nuestras casas? Malditas son tales caridades, y hechas con advertencia, yo las tendría por unos descarados sacrilegios, pues es insultar a Dios dar a los pobres, a su nombre, lo que es preciso tirar por la ventana. Esta no es limosna, ni puede llamarse caridad, sino mezquindad, ruindad, hipocresía. Esto es querer engañar a Dios y comprar sus misericordias con basura.

Si no estamos obligados a dar a los pobres lo mejor, lo estamos a no darles lo peor y, mucho menos, lo que puede serles perjudicial siempre que lo hagamos con esta prevención.

Pero si el hacer limosnas de este modo no puede ser a Dios grato ¿qué será no hacer ningunas, pudiendo? Yo no te señalaré la gravedad de esta dureza, ni los castigos que se labran estos crueles. Ya habrás oído la historia del rico Epulón...

DOROTEA.—No, tío, no la he oído y quisiera que usted me la dijese.

CURA.—Pues atiende. Contaba Jesucristo a sus discípulos que hubo cierto hombre rico, que vestía con mucho lujo y comía con igual profusión. Había en el mismo lugar un mendigo, Lázaro, el cual, lleno de llagas, estaba a la puerta del rico pidiendo que le diese de las migajas que caían de su mesa; pero ninguno le daba

nada; los perros solamente se acercaban a él y lamían sus llagas. Sucedió que murió este mendigo y fue llevado al seno de Abraham; murió a poco el rico y fue sepultado en los infiernos y, levantando sus ojos en medio de los tormentos, vio de lejos a Abraham y a Lázaro, y comenzó a clamar a grandes gritos, diciendo: —“Padre Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que moje en la agua la punta de su dedo y me destile una gota en mi lengua, porque soy cruelmente atormentado en esta llama.” —“Hijo, dijo el patriarca: acuérdate que en tu vida tuviste bienes y Lázaro padeció males; ahora éste es consolado y tú atormentado; y has de saber que en todas estas cosas hay establecida una confusión grande entre nosotros y vosotros, de suerte que aquellos que quieran pasar de nosotros a vosotros no puedan; ni tampoco de vosotros a nosotros.” —“Entonces, le dijo el rico, ya que esto no puede ser, te ruego, oh padre Abraham, que siquiera envíes a Lázaro allá a la casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, para que les diga a éstos, como testigo de vista, que no vengán a parar a este lugar de tormentos.” Abraham le respondió: —“Tienen a Moisés y a los profetas; que oigan a éstos.” Mas él le dijo: —“No, padre Abraham, si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia.” Y entonces Abraham le respondió: —“Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán a ninguno de los muertos que resucitase y fuese allá.”

DOROTEA.—En verdad, tío, que es terrible este pasaje. Yo soy una pobre mujer ignorante y carezco de las luces necesarias para hacer sobre él las reflexiones oportunas; pero no dejo de hacer una y es que el corazón de un

rico cruel es tan obstinado para convertirse, que se burlaría de las mismas reprensiones de los muertos, si a éstos les fuera permitido salir a predicarles. No oyen a Jesucristo, ni a sus ministros, tampoco creerían a los difuntos. ¡Válgame Dios y cuánto debe de cegarlos la avaricia!

CURA.—Está bien hecha la reflexión; pero por eso debemos aficionarnos a la limosna, virtud opuesta al vicio de que acabas de hablar, acordándonos siempre de lo recomendada que es por el Señor. “Está dispuesto, nos dice, a aliviar la miseria del pobre, porque el tener piedad de él, es prestar a Dios, el cual nos lo vuelve con usura.”

En otras partes dice: “Dichosos los misericordiosos porque éstos alcanzarán misericordia. La misericordia quiero y no el sacrificio. Dichoso el que entiende sobre el menesteroso y el pobre, porque a éste, en el tremendo día del juicio, lo librará el Señor, el cual lo conservará y vivificará; lo hará feliz en la tierra y no lo entregará a la venganza y furor de sus enemigos; postrado en su enfermedad en la cama del trabajo y del dolor, el Señor mismo recorrerá y tomará en sí el cuidado de su casa, se compadecerá de él, le dará vida y bienes para hacer limosna; lo recibirá por su inocencia y lo colocará en su presencia allá en el cielo para siempre.

El anciano Tobías, estando próximo a la muerte,

decía a su hijo: "De lo que tengas, da limosna y no apartes tu rostro del pobre, porque Dios no aparta el suyo de ti. Todo lo que dieres lo atesoras para el día de la necesidad. Todos los caritativos y limosneros deben tener gran confianza en la misericordia del Señor; porque la limosna libra del pecado y de la muerte." Esto es, por medio de ella nos dará el Señor los auxilios necesarios para salir del pecado y libertarnos de la muerte eterna.

DOROTEA.—Ciertamente que son apreciables los bienes que nos acarrea la piedad con los pobres. ¡Dichosos los ricos que pueden hacer caridades como quieran! ¡Y feliz el dinero que se derrama en el seno de la miseria! Yo le aseguro a usted que jamás he deseado el oro ni la plata sino para socorrer a tanto miserable que, como Lázaro, apetece los desperdicios de las casas.

CURA.—Pues consuélate, hija, porque sólo ese deseo es apreciable a los ojos de Dios. La voluntad de dar, dice San Pedro, que es para su Majestad igual al mismo don, y el que la tenga recibirá de Dios el premio.

El mismo Tobías decía a su hijo: "Da mucho, si tienes mucho, y da poco si son tus proporciones escasas; pero sé tan misericordioso como puedas." Y así, no es disculpa no tener riquezas para no ser caritativos: un pedazo de pan que dé un pobre a otro será tan premiado o más que el peso que le dé un rico; porque Dios no atiende a la cantidad de la limosna sino al espíritu con que se hace.

DOROTEA.—Yo me alegro de que sea usted tan piadoso en obras y palabras, porque así me atreveré a hacer a usted una súplica en favor de una pobre familia.

CURA.—Di lo que quieras, porque ya sabes cuánto me complace hacer tal cual beneficio a los necesitados.

DOROTEA.—Pues el caso es, señor, que esa mujer que anda cuidando a mis hijos es una señora decente, pobre, virtuosa, y tiene una niña sirviendo, por no poder sostenerla a su lado, por su escasa fortuna, que lo es tanto, que aun para ella sola no le alcanza el trabajo de sus manos; de manera que algunos días tiene que mandar pedirme un bocadito al mediodía.

Esta pobre es de las recomendables, porque cuando su esposo vivía, logró bastantes proporciones y ahora se halla reducida a la última miseria.

A más de esto, posee un corazón muy magnánimo y compasivo, de modo que no puede ver una desdicha sin compadecerla. Muchas veces la he visto llorar por las infelicidades ajenas, y días pasados empenó una de dos camisas que tenía para darle para medicamentos a otra pobre enferma de la vecindad en que vive...

CURA.—No me digas más. Esa mujer es una heroína cristiana y Dios no le faltará en sus desdichas, porque se duele de las ajenas y las socorre como puede. Su corazón es muy piadoso.

DOROTEA.—Tanto lo es, que la noche de la desgracia de Teófilo me acogió en su cuartito o estrecha vivienda, me consoló lo mejor que pudo, y viendo cuán resuelta estaba yo a seguirlo, acompañada de mis hijos, temió que nos sucediera algún fracaso, y sin que me bastaran diligencias ni ruegos, se decidió a ir en mi compañía hasta donde yo fuera, como en efecto me acompañó

NOCHES TRISTES

hasta este pueblo, donde no pudiendo ya andar mis hijos, se quedó a esperarme en la casa de otras pobres, donde la he hallado.

CURA.—Cada rato me confirmo más en que esa señora es excelente amiga y verdaderamente cristiana. ¿Pero de qué modo piensas tú pagarle esos favores?

DOROTEA.—A eso voy. Si yo le suplico a usted que me dé una cantidad de dinero para socorrerla, creo que no me la negará; pero esta cantidad no puede ser tanta que baste a sostenerla toda su vida, y yo no deseo nada menos sino que jamás vuelva a padecer los rigores de la miseria, que viva contenta y descansada los días que le resten y que este gusto lo tenga en compañía de su amada hija.

CURA.—Yo apruebo tu modo de pensar, y ¿cómo has discurrido para ponerlo en práctica?

DOROTEA.—Uniendo las dos a mi familia y partiendo con ellas el pan que Dios me diere; esto es, si usted me lo permite.

CURA.—Con mucho gusto, hija mía; mi hacienda es tuya y de tu esposo, y mi mayor complacencia será que cultives en tu corazón esa piedad y que, en cuanto puedas, enjugues las lágrimas al infeliz.

Ahora mismo avísale tu determinación, porque tenga ese gusto anticipado esa pobre y virtuosa señora; y jamás vuelvas a tomarme parecer para dar nada a los pobres. Sé franca con ellos, que Dios queda responsable a pagar. No temas que te falte lo preciso por ser caritativa ni piadosa, porque cuanto dieres a los pobres, no lo pierdes, sino que lo depositas en la bolsa de Dios que es infinita. Conque anda, anda, avísale a tu pobre la mejoría de suerte que le espera y mira si tienes otras

iguales a quien socorrer; pero ten cuidado de no deslustrar tus limosnas, haciéndolas por vanidad, ni esperando la recompensa de los hombres. Ya otra vez te he dicho esto mismo. Dios manda que lo que dé la mano derecha no lo sepa la izquierda, para enseñarnos a ser caritativos ocultamente, por virtud, no por vanidad, pues en este caso se pierde todo el mérito de la limosna.

Después de esta conversación se separó Dorotea de su tío para ir a ver a sus niños y a la señora, y el cura fue a despertar a Teófilo, que se había quedado dormido con el libro en la mano.

Poco tiempo llevaban de conversación cuando se la interrumpió un criado que entró a avisar que estaban de visita el señor cura del pueblo con otros señores y señoras. Con esto fue preciso llamar a Dorotea y subir a cumplimentarlos.

El eclesiástico, protector de Teófilo y Dorotea, poseía muchas buenas prendas, como hemos visto, y aunque no las tuviera, no le podían faltar amigos dondequiera porque tenía más de veinte mil pesos, cuya sola posesión bastaría a suplir cualesquiera otras circunstancias recomendables, y a conciliarle las mejores estimaciones de los amigos al uso.

El era muy prudente y sabía distinguir los que estimaban su persona, de los que adoraban su bolsillo; pero en lo exterior a todos trataba con política, y así, luego que subió a su sala, los recibió con bastante agrado. Mandó llevar refresco y los obsequió del mejor modo que proporcionaba aquel lugar.

Como Dorotea era bonita, los niños graciosos, Teófilo

instruido, y a más de esto advirtieron que eran parientes del cura y la mucha estimación que éste hacía de ellos, cada uno le tributó la suya, y después que el tío refirió las aventuras que había pasado, todos se condolieron o aparentaron condolerse de sus desgracias, especialmente de las que padeció Dorotea, a quien prodigaban rendimientos y ofertas. Bien conocían los buenos amigos que al lado del cura no necesitaban de sus bienes y por eso se los ofrecían con tanto empeño.

No se le escondió este fingimiento a Dorotea y así les dijo:

—Señores, yo doy a ustedes mil gracias por la buena voluntad que tienen de servirme, y se conoce que este pueblo abriga almas grandes, capaces de socorrer a los desgraciados; pero yo lo fui tanto, que la noche que pasé por aquí sola y con estos tiernos niños no hallé semejantes piadosos, si no fue una infeliz, en cuya casita me hospedé y se llama la tía Mariana. Esta pobre vieja fue mi único consuelo y mi singular bienhechora.

No dejaron de correrse un poco los oferentes; pero la disculpa de que no la conocían ni lo supieron, satisfizo a Dorotea por entonces.

Volvieron a bajar a la huerta, donde se divirtieron hasta la noche, en la que los amigos del cura lo quisieron obsequiar con un baile, a pretexto de felicitar su buena ventura a sus sobrinos.

El buen eclesiástico admitió el favor por no faltar a la urbanidad, y se entretuvieron todos muy alegres hasta las once de la noche, hora en que el cura trató de recogerse y, a su ejemplo, hicieron lo mismo los concurrentes, despidiéndose con expresión y repitiendo sus ofertas.

Pero dejemos durmiendo a esta buena familia, mientras

damos razón de lo que pasó con la amiga de Dorotea y sus parientas. Al instante que se separó de ésta, fue a casa de la tía Mariana, y hecha una sonaja de alegría, le dijo:

—Hermana, dame albricias por la felicidad que me he encontrado.

—¿Pues cuál ha sido? —decía Mariana.

—Cuál ha de ser: ese cura es muy caritativo, y la niña Dorotea, su sobrina y mi amiga, es un ángel... pobrecita... Dios le dé el cielo por lo piadosa que es. Ella le ha rogado por mí a su tío, y han quedado en que me vaya a vivir con ellos a su casa. ¿Qué te parece, niña, no es ésta una gran fortuna? ¡Bendito sea Dios! que ya no veré a mi hija sirviendo, sino que la tendré a mi lado hasta mi muerte, y después de ella me quedará el gusto de que a mi hija no le faltará nada, mientras vivan los señores, pues así me lo ha prometido la niña Dorotea; ya verás si tengo razón de estar contenta.

—Sí la tienes —dijo la tía Mariana—; pero ¿a que no te acordaste de mí, ni moviste a mi favor la caridad de esa señorita? Ya ves las miserias que pasamos yo y tus sobrinas...

—Sí, me acordé. Mas ¿cómo querías que acabando de franquearme tan gran favor le pidiera otro de nuevo? Es imprudencia cansar al bienhechor; pero no por eso te desconsueles. Dorotea es muy piadosa y yo tu amiga; de lo que tuviere, partiré contigo como hermana, y antes de que salgamos de este pueblo tú te alegrarás de haber tenido a los hijos de Teófilo en tu casa.

Con esto se acostaron muy contentas, la una con la esperanza de su nueva suerte, y la otra fiada en que de ésta algo le había de tocar.

NOCHES TRISTES

Al siguiente día, bien temprano, envió Dorotea a llamar a doña Teresa, que así se llamaba su amiga, pues se acercaba la hora de que continuaran su camino para México.

Fue la señora en efecto, y Dorotea le preguntó por el estado de la tía Mariana.

—No tiene novedad —contestó aquélla—; envía a usted mil expresiones y abrazos a los niños. Se ha alegrado mucho del bien que quiere hacerme a mí y a mi hija; yo le ofrecí que de cualesquiera ventajas que logre al lado de usted participará ella, no sólo porque es mi deuda, sino porque me consta su virtud y sus miserias. Tiene dos niñas ya grandecitas y un hijo de diez años, que lejos de esperararla en algún tiempo, siempre le aumentará sus desdichas, porque es ciego, y a más de eso insensato.

DOROTEA.—¡Pobre familia! ¿Y con qué se mantiene?

—Ella y sus hijas cosen, lavan y trabajan en cuanto pueden; pero ¿qué vale el trabajo de la mujer? Muy poco o nada, y mucho menos para sostenerse con tal cual decencia, en la que se criaron las pobres.

DOROTEA.—¡Cuántas familias de regular nacimiento y de una educación honrada perecen escondidas en unas habitaciones miserables, sin tener ni el infeliz recurso de manifestar sus indigencias!

—¡Ay, amiga! Estas familias son más de las que usted piensa. Su estado vergonzante es el colmo de su desgracia; porque la vergüenza les es una mordaza que les impide aun el ratero recurso de mendigar los socorros públicos. ¡Cuántas familias de éstas desfallecen de hambre al mediodía, al lado tal vez de otras familias caritativas, que aliviarían su necesidad si la supieran!

DIA ALEGRE

DOROTEA.—Es verdad... Acaso sus parientas de usted serán una de ellas.

—Sí, lo son. Como no siempre hay costuras ni quehacer, padecen unas calmas dilatadas. En este tiempo se empeña el tunico o la camisa, que se había hecho a costa de mil millones de puntadas, a costa de enfermedades y vigiliass; se agotan en dos días estos mezquinos arbitrios y se quedan más imposibilitadas de buscar otros, porque se quedan casi desnudas y entonces es cuando se experimentan las hambres en todo su rigor.

DOROTEA.—¡Válgame Dios! ¡Que no sea yo marquesa acaudalada para socorrer tantas desdichas! ¿Y qué edad tienen las sobrinas de usted?

—Una tiene catorce años y otra doce.

DOROTEA.—¿Y son bonitas?

—Sin embargo de que están estragadas por la mala vida que pasan, no tienen unos semblantes despreciables.

DOROTEA.—¡Angelitos! ¡Cuán expuestas se hallan en esa edad, con ese mérito y rodeadas de tan fatales circunstancias! Aun en este pueblo triste no faltarán seductores de su virtud... ¡Pobrecitas! ya me interesan demasiado sus desgracias. Deseo conocer a esas muchachas infelices. Qué ¿no podré verlas antes de irme?

—Difícilmente, amiga, porque por ahora están en la época fatal de desnudez. Ninguna de ellas tiene sino arambeles y pingajos. Un túnico viejo y un rebozo igual se conservan, a pesar de las inclemencias del hambre, para ir a misa el día de fiesta una por una.

DOROTEA.—¡Qué desgracia! Y ¿qué no tienen otra ropa?

—Sí, pero empeñada.

DOROTEA.—¿Y en cuánto?

—No sé; mas no puede ser en mucho, porque las alhajas de los pobres valen siempre muy poco. Creo que con doce pesos se sacarían todos sus trapillos.

DOROTEA.—¿Doce pesos? ¡Jesús, qué friolera! Téngalos usted... y vaya en el instante a que las saquen. Hágalas usted vestir y que vengan a verme con su madre, sin dejar de traer al cieguito.

—Pues vuelvo...

Apenas la buena señora tomó el dinero, cuando partió corriendo a la casa de sus pobres deudas y lo puso en sus manos, dándoles la noticia del interés que por ellas tomaba Dorotea.

La buena vieja madre, loca de gusto, fue a la tienda al instante a sacar sus prendas. El tendero, como que la conocía, se sorprendió de verla tan adinerada, y creyendo maliciosamente que se había habilitado con malas artes, le dijo:

—Muy de vuelta está usted, doña Mariana... Ya se ve, es fortuna tener hijas bonitas; se anochece sin blancas y se amanece con principal.

Mucho se enojó la tía Mariana, advirtiendo la malicia del tendero; y así, temblándole la barba, le dijo:

—Despácheme usted pronto y vaya muy enhoramala. ¿Qué piensa usted que yo soy de las madres que cuentan con las caras de sus hijas para subsistir? No, señor, yo y mis niñas somos tan pobres como honradas, y aún más honradas que pobres, y esto lo sabe Dios y todo el pueblo. Estos doce pesos que usted ve, me los acaba de enviar de limosna esa niña, ese ángel que posó ayer en la calle del Hospicio, con su marido y su tío el cura. Y si usted no lo cree, vaya a preguntárselo a ella misma.

El tendero, que se vio tan avergonzado delante de los marchantes que estaban en la tienda, no tuvo otro arbitrio para excusar que la buena vieja siguiera su regaño, que echarlo a la chanza. Refugio ruin, pero harto usado de los necios y malvados, cuando se ven convencidos de su malicia o necedad.

—Ya está, tía Marianita —le decía—, no se incomode usted. . . Si yo lo he dicho por chanza, pero ya sabemos todos la virtud de usted y de sus niñas. Antes yo me alegro mucho de la fortuna que ha tenido, de que la socorriera esa señora. Qué ¿es cierto es tan piadosa como usted dice?

—¡Jesús! —decía tía Mariana, ya más fresca—, si esa niña no puede ser mujer sino la misma caridad andando. Antenoche, en el pueblo donde durmió, hizo feliz a una familia que le hospedó en su casa; ayer ha hecho feliz para siempre a una parienta mía y a su niña, y hoy me ha socorrido como usted ve. En fin, ella es un ángel, muy piadosa, y no puede ver una miseria sin sentirla y socorrerla.

—Será muy rica —decía el tendero.

—Y como que es.

—¡Oh, pues entonces no es gracia que sea caritativa, porque tiene con qué hacer esas caridades!

—Calle usted, señor —proseguía la buena vieja— más que sea así, es gracia y mucha gracia que sea piadosa. Cuántos ricos y ricas conozco yo que no hacen una caridad en su vida y que, cuando más y mucho, suelen dar un medio real tiñoso a un pobre, quizá para quitárselo de encima o porque los vean, y entonces quedan muy anchos, creyendo que han hecho una gran cosa, y maldito lo que les aprovechan estas mezquinas limosnas; porque yo he oído decir a personas muy sabias que se debe hacer limosna

NOCHES TRISTES

a proporción del caudal; luego nada hace el que, teniendo cuarenta o cincuenta mil pesos, da el domingo medio o un real de limosna, y quizá en cuatro cuartillas, como yo los he visto, lo que es una verdadera vergüenza.

Aquí cesó la tía Mariana, porque la despachó el tendero y se fue a su casa muy contenta.

Luego que entró hizo que se vistieran sus hijas y fue con ellas, el cieguito y doña Teresa para la casa del cura, quien ya estaba informado por Dorotea de las visitas que esperaba.

Luego que entraron las recibió ésta con el mayor cariño, como si de largo tiempo las hubiera conocido.

—¡Pobres criaturas! —decía—. ¡Qué bonitas son! ¡Ay, qué lástima sería que fuesen su honor y su hermosura víctimas de la indigencia cruel! Vea usted, tío, al pobre muchachito ciego, simple, y por lo mismo inútil y gravoso a su familia. Si él hubiera nacido bueno, tendrían estas pobres siquiera la esperanza de hallar en sus brazos, algún día, un apoyo para su orfandad; mas en este infeliz estado no tienen otra que sostenerlo con su trabajo escaso y mal pagado. Ay, tío ¿qué hiciéramos para mejorar la suerte de esta familia virtuosa y desgraciada?

CURA.—Hija, tú discúrrelo, aconséjate con ellas mismas y haz lo que te parezca conducente a su alivio, pero con prudencia; porque la caridad no consiste sólo en dar, sino en dar con orden. La prudencia debe graduar el orden de nuestras operaciones para que sean justas y arregladas.

Esto último se lo dijo el cura a su sobrina en voz baja, con mucho disimulo y se fue a mandar poner el coche en compañía de Teófilo.

Dorotea, que era bastante avisada, advirtió cuanto le quiso decir su tío y así, tratando de conciliar la seguridad de sus hijos con los benéficos sentimientos que abrigaba su corazón, dijo a la tía Mariana:

—¿Le gusta a usted este pueblo?

—Sí, señora.

—¿Y en él habrá algún arbitrio o giro bastante a proporcionarles a ustedes su subsistencia con más desahogo y menos tarea que la aguja?

—Sí, señora; pero se necesita dinero o a lo menos un buen fiador.

—¿Y qué cosa?

—El mesón de aquí se arrienda actualmente en trescientos pesos al año, y según este arrendamiento y el tráfico que tiene, deja muy bien para mantenerse con decencia una familia corta como la mía.

—Pero eso será a quien lo entienda; pero usted poco o nada entenderá de administrar un mesón.

—Sí, señora: yo entiendo de eso mejor que de bordar, porque mi difunto marido tuvo este mismo mesón muchos años, y yo corría con las cuentas de los huéspedes, cuidaba de los mozos, ajustaba la paja y la cebada, y llevaba todo el peso de la negociación, especialmente cuando mi marido estaba ausente. Todavía tengo los libros de las cuentas, y en ellas hay muchas hechas por mi mano.

—Y usted, doña Teresa, habrá visto esos libros, y conocería a la señora doña Mariana en ese destino que dice. ¿No es verdad?

—En nada ha faltado a ella mi prima —dijo doña Teresa.

No fue menester más averiguación. En el momento mandó Dorotea que llevasen de almorzar a las visitas, y

luego que las dejó almorzando entró a ver a su tío, le contó cuanto sabía, ponderó la facilidad con que podían ser socorridas aquellas infelices, y se empeñó con demasiada viveza para que se quedasen con el mesón en el día.

El cura, naturalmente inclinado a hacer bien, se agradó mucho de la intención de su sobrina y sin perder instante vio al dueño, y se hicieron luego luego las diligencias precisas para el caso, de modo que en una hora ya estaba todo corriente y era doña Mariana la arrendataria del mesón sin saberlo. ¡Qué no hace el dinero cuando se quiere gastar sin mezquindad!

Así que Dorotea tuvo en su mano la escritura, en la que sólo faltaba una firma de la interesada, pasó a verla y les dijo:

—Ustedes dispensen que las haya dejado solas; pero he tenido que hacer un negocio de bastante importancia. Vaya, tomen ustedes sus paños o tápalos, y acompáñennos a una visita que tenemos que hacer, antes de irnos mi esposo, mi tío, ustedes y yo.

—¿Nosotras, señorita?

—Sí, ustedes: vamos.

Sin saber a dónde ni a qué, acompañó la tía Mariana a Dorotea, al cura y a Teófilo, seguida de sus hijos, hasta que llegaron al mesón, donde esperaba el dueño y el escribano.

Así que entraron dijo Dorotea a la buena vieja:

—Vaya, reciba usted el mesón y sus aperos, y firme el documento—. Al decir esto puso las escrituras en su mano.

Atónita se quedó la tía Mariana al oír estas palabras, sin saber qué le pasaba, ni qué cosa se le quería decir.

Entonces el cura y el escribano le explicaron todo lo

que había hecho Dorotea, y cuando entendieron el gran beneficio que les había hecho, corrieron todas a abrazarla y a darle las gracias, con aquella ternura y expresiones vivas y elocuentes que saben arrancar los beneficios de los corazones agradecidos.

Quisiera Dorotea desprenderse de aquellas buenas gentes, avergonzada de esta escena; pero no podía porque la tenían bien asida entre sus brazos. Una la llamaba su señora, otra su ángel, aquélla su madre, y todas su protectora liberal.

A un tiempo la elogiaban, la abrazaban y la bañaban con sus lágrimas, que se mezclaban con las de la sensible Dorotea, quien confundida con este lance, que no esperaba, sólo les decía:

—Ya está, amigas, ya está. A mi tío dadle las gracias; él lo ha hecho todo, yo no...

En fin, así que aquellas mujeres infelices desahogaron su gratitud en algún modo, se formalizó la entrega del mesón y Dorotea se despidió de ellas, sin consentir que la fueran a dejar al coche como querían.

En un pueblo corto cualquiera novedad se hace pública en un instante, y así por lo que acababa de suceder, como por las alabanzas que la tía Mariana había hecho de la caridad de Dorotea en la tienda, cuando menos ésta lo pensaba, y al salir del mesón, se encontró con una turba de cojos, ciegos, enfermos y mendigos miserables, que a voces solicitaban sus socorros, llamándola por su nombre, alegando que ellos no eran menos desgraciados y añadiendo cuantas impertinencias les ponía en la boca su triste situación y el deseo de verse socorridos por la mano bienhechora de Dorotea, a quien casi no dejaban andar.

Esta, toda turbada, apeló a su tío para que la sacara

de aquel aprieto. Este, que interiormente se complacía con la piedad y modestia de su sobrina, viéndola tan apurada la tomó del brazo y le dio a Teófilo diez pesos para que los cambiase por dinero menudo y los dejase a la nueva arrendataria del mesón para que los repartiese a aquellos pobres, a proporción del conocimiento que tenía de sus miserias. Con esto se fueron todos los mendigos tras de Teófilo, y el cura con Dorotea y doña Teresa para su casa, en la que ya estaba todo prevenido para el viaje.

Mientras que Teófilo volvía, decía el cura a su sobrina:

—¿Ya ves, hija, qué rato acabas de tener tan agradable? Sólo cuando se hace un beneficio se experimentan los dulces transportes de la sensibilidad. Las lágrimas que se mezclan con las del infeliz agraciado son más lisonjeras a nuestros corazones que la risa que nos arrancan las alegrías fingidas y tal vez criminales de este mundo.

“El rico duro e insensible a los ayes de la humanidad afligida, jamás goza estos momentos apacibles. Rodeado de su pagada turba de aduladores y paniaguados, distraído en amontonar caudales y engastado entre la disipación y el deleite que le facilita su dinero, ni oye los clamores del indigente, ni ve los afligidos semblantes de los pobres.

”Ocupando casas magníficas, visitiendo sedas y holandas finas y llenando su enfermo estómago con variedad de manjares delicados, no se acuerda de que millones de semejantes suyos andan desnudos, peregrinos y hambrientos.

”Pero ¿qué más? La presencia del infeliz andrajoso es para sus ojos el espectáculo más ingrato y así se desdeña hasta de verlo. ¿Qué mucho no lo socorra, ni goce del placer inocente y sólido que proporciona la beneficencia?

¿Qué mucho que con su tirano proceder se haga el objeto de la indignación del Padre de las misericordias, que se las niegue a la hora de su muerte y se condene?

” ‘¡Ay de vosotros, ricos!’, dice Dios en su Evangelio, y este ¡ay! en boca de Dios ¡qué mal presagio es para éstos!

”Llenas están las páginas sagradas de promesas en favor de los caritativos, como de amenazas contra los impíos y avaros. No apartes, dice Dios, los ojos del pobre, no sea que se enfade; y no des motivo a los que te piden para maldecirte a tus espaldas; porque el que te maldecirá en la amargura de su alma, será oído del que lo ha criado. ‘Un poco de pan, dice en otra parte, es la vida de los pobres; el que los priva de él es un homicida.’ En los Proverbios dice: ‘El que da al pobre, no tendrá necesidad de nada; pero el que lo desprecia cuando le ruega, caerá él mismo en la pobreza.’ Por último, el Sabio dice: ‘Encierra la limosna en el seno del pobre y ella rogará por ti, a fin de que seas librado de todo mal, y será una arma más fuerte para combatir contra tus enemigos que el escudo y la lanza del hombre más valiente.’

”Todo esto y más dice el Espíritu de la verdad; la lástima es que los ricos duros de que hablo, o no lo saben o no lo creen, y por eso hay tantos infelices y tan pocos limosneros; pero por eso también hay muchos ricos acompañando al avaro Epulón.

”Todo esto te digo no para tu envanecimiento, sino

NOCHES TRISTES

para que te acostumbres a hacer bien, y guste tu corazón las dulzuras de la sensibilidad, ejercitada en favor de tus infelices semejantes.”

A este tiempo llegó Teófilo, se entraron en el coche y continuaron su viaje para la capital, satisfechos todos de haber tenido un día alegre y dignamente aprovechado.

INDICE

INDICE

NOCHES TRISTES Y DIA ALEGRE

Argumento o idea de las *noches tristes*

Noche primera. La prisión

Noche segunda. La pérdida en el bosque

Noche tercera. El duelo triste

Noche cuarta. El cementerio

Día alegre. Y dignamente aprovechado

